



Asamblea General

Vigésimo octavo período extraordinario de sesiones

2^a sesión

Lunes 24 de enero de 2005, a las 15.00 horas
Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente: Sr. Ping (Gabón)

Se abre la sesión a las 15.10 horas.

Tema 7 del programa (continuación)

Conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el Ministro Adjunto de Relaciones Exteriores de Noruega, Excmo. Sr. Olav Kjørven.

Sr. Kjørven (Noruega) (*habla en inglés*): Este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General se ha convocado para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración y exterminio nazis. Es una oportunidad singular para que la comunidad internacional recuerde los principios e ideas fundamentales que sirven de base a las Naciones Unidas y reafirme su compromiso para con ellos.

Los campos de concentración y exterminio nazis formaban parte de un plan para aniquilar a los judíos y también a los romaníes y a otras personas consideradas indeseables debido a su origen étnico, sus creencias religiosas u otras razones. Rendimos homenaje a la memoria de las víctimas que perecieron y expresamos nuestro respeto y solidaridad para con los sobrevivientes, ya sea que se encuentren en Israel, que se alzó de las cenizas y los huesos del Holocausto, o en otras tierras.

Después de medio siglo, los horrores de los campos de concentración están todavía muy próximos en el tiempo para que los sobrevivientes puedan dar fe de lo que experimentaron. Auschwitz, Treblinka, Dachau y

Sachsenhausen son nombres que evocan imágenes de horror y degradación humana. Constituyen un llamamiento para que hagamos lo posible por impedir que esta tragedia se repita.

Las Naciones Unidas se fundaron a fines de la segunda guerra mundial, una guerra en la que el genocidio se perpetró a gran escala. Su objetivo fundamental era impedir que ese conflicto se repitiera. Tres años más tarde, la Asamblea General aprobó una convención en virtud de la cual los Estados aceptaron la obligación de impedir el genocidio y castigar ese delito, uno de los más horribles.

En su discurso pronunciado ante el Foro Internacional de Estocolmo sobre la prevención del genocidio, celebrado en enero de 2004, el Secretario General dijo:

“No hay tema más importante ni obligación más imperativa que la prevención del genocidio. De hecho, puede considerarse uno de los propósitos fundamentales de las Naciones Unidas.”

Es importante recordar, reflexionar y aprender de lo ocurrido hace 60 años. En Noruega, al igual que en otros países, el objetivo del régimen de ocupación nazi era destruir por completo a la comunidad judía. Muy pocos de los detenidos y deportados —a menudo con la gran ayuda de los noruegos— lograron regresar, y, por consiguiente, se perdieron una comunidad y un valioso legado cultural. Muy pocos noruegos trataron de prestar asistencia a los perseguidos o de ayudarlos a huir.

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-154A. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.



Debemos reflexionar acerca de nosotros mismos —acerca del racismo, la discriminación y el antisemitismo de nuestros propios países. Es necesario que examinemos nuestros sistemas educativos y que procuremos que las nuevas generaciones cobren conciencia de lo acaecido en el pasado para impedir que ello se reitere en el futuro. La Declaración sobre el Holocausto aprobada en el Foro Internacional de Estocolmo en el año 2000 fue un hito histórico. Nos comprometió a promover la educación acerca del Holocausto en nuestras escuelas y comunidades, así como a concienciar a la sociedad en su conjunto.

En Noruega se ha vuelto cada vez más habitual que los escolares noruegos visiten los antiguos campos de exterminio y concentración de Alemania y Polonia, tales como Auschwitz, Sachsenhausen y Ravensbruck. En 2001, el Centro de estudios sobre el Holocausto y las minorías religiosas de Noruega se creó como institución nacional en el ámbito de la investigación, la documentación, la información y la educación sobre el Holocausto. El Centro fue parte de la restitución que hizo el Gobierno de Noruega para compensar las pérdidas económicas y los sufrimientos padecidos por los judíos noruegos durante la segunda guerra mundial.

El Grupo de Trabajo para la cooperación internacional en relación con la educación, el recuerdo y la investigación del Holocausto, integrado por representantes de Gobiernos e instituciones educativas y de investigación, desempeña un papel importante en la concienciación en este ámbito.

No obstante, por importante que ello sea, nada puede compensar la falta de determinación de nosotros, las Naciones Unidas, para hacer todo lo posible por poner fin a las tragedias actuales y prevenir los futuros crímenes de lesa humanidad. Hoy debemos reafirmar nuestro compromiso con esta causa.

Para concluir, quisiera citar las siguientes palabras de la Declaración sobre el Holocausto:

“Nuestro compromiso debe ser recordar a las víctimas que perecieron, respetar a los supervivientes que todavía están con nosotros y reafirmar la aspiración común de llegar a la comprensión y la justicia mutuas.”

El Presidente (*habla en francés*): Ahora tiene la palabra el Secretario de Estado, Oficina del Canciller Federal de Austria, Excmo. Sr. Franz Morak.

Sr. Morak (Austria) (*habla en inglés*): Elie Wiesel nos recordó que debemos hablar para que el mundo escuche y que debemos hablar para que el mundo aprenda. Hace 60 años las víctimas de Auschwitz esperaron en vano que el mundo hablara. Eso nunca debe volver a ocurrir.

Cuando las fuerzas aliadas ingresaron a Auschwitz y a otros campos de exterminio, el mundo quedó consternado ante las atrocidades que se revelaron. La comprensión por parte de la humanidad de la historia y del grado de maldad de que son capaces los seres humanos ha cambiado desde entonces. A partir de entonces, el 27 de enero, día de la liberación del campo de concentración, ha sido un día de conmemoración y recordación. Auschwitz ha pasado a ser el símbolo del Holocausto, y muchas naciones conmemoran la liberación de Auschwitz con una jornada especial de recordación del Holocausto.

Este período extraordinario de sesiones de conmemoración de la Asamblea General de la Organización mundial, que fue creada para impedir que se repitieran crímenes de tal magnitud, es de especial importancia. Austria respaldó activamente la celebración de este período extraordinario de sesiones. Agradecemos al Secretario General los esfuerzos que realizó para que se concretara.

Al estar aquí presente como representante de Austria, me siento embargado por dos emociones: el sufrimiento de saber que nuestro país perdió tantos de sus ciudadanos judíos a causa del Holocausto, y el dolor de comprender que demasiados austriacos participaron en el mayor de todos los crímenes. Más de 65.000 judíos austriacos fueron asesinados por el régimen nacionalsocialista. Fueron deportados a lugares de horror indescriptible, en los que, hemos de admitir, algunos de sus vecinos los condujeron a las cámaras de gas, los alinearon ante las fosas de ejecución o los hicieron morir de hambre en los ghettos.

Auschwitz representa la destrucción de todos los valores de los que se enorgullecía la humanidad. El asesinato de 1,35 millones de judíos, 20.000 sintis y romaníes y 100.000 otros reclusos, perseguidos por el régimen nacionalsocialista por consideraciones políticas o raciales, o sencillamente por ser diferentes, constituye una ruptura con la propia civilización.

La conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación demuestra que Auschwitz no sólo es importante para mantener viva la memoria en los países

Europeos, sino también como lugar para la memoria universal. Hoy, Auschwitz sigue siendo una muestra, a escala mundial, de las desastrosas consecuencias de la tiranía y el desprecio de los valores y la dignidad de la persona.

Los monumentos erigidos en los lugares donde el régimen nazi cometió los crímenes más atroces y nos ayudan a entender la envergadura de los hechos y a vincular el inconcebible número de víctimas del genocidio nazi con la suerte de personas concretas.

Los monumentos son importantes pero, después de todo, siguen en el sitio en el que están. La educación es un instrumento muchísimo más poderoso porque llega a todas las escuelas y todos los hogares. Nuestros jóvenes, que representan nuestro futuro, deben aprender que ningún país, ninguna sociedad, puede lograr grado alguno de progreso o desarrollo si no respeta los derechos humanos y la dignidad de las personas. Esa es la lección y el legado que pasa, de generación en generación, la memoria de Auschwitz. Esa es también la razón por la que Austria es un miembro activo del Grupo de Trabajo para la cooperación internacional en relación con la educación, el recuerdo y la investigación del Holocausto. Los Gobiernos que forman parte del Grupo de Trabajo también se han comprometido a ejecutar políticas y programas nacionales que apoyen la educación, el recuerdo y la investigación del Holocausto.

Austria ha emprendido con éxito programas nacionales como, por ejemplo, el programa “No olvidemos”, mediante el que se organizan conferencias de supervivientes del Holocausto, y ofrece un programa para docentes, titulado “El nacionalsocialismo y el Holocausto”. Más de 15.000 estudiantes austríacos participaron en el proyecto “Carta a las estrellas”, en el que los estudiantes, junto con supervivientes y sus descendientes, investigaron la vida de víctimas concretas del Holocausto.

Auschwitz es un lugar histórico de importancia mundial, y tiene una importancia específica para cada nación. Para Austria es la conmemoración de las víctimas del nacionalsocialismo y el Holocausto; la conmemoración de los judíos, romaníes y sinti, las víctimas de la eutanasia, y los homosexuales y opositores del régimen nacionalsocialista.

A Austria le costó mucho asimilar la complejidad de su propia historia y entender que Austria, que dejó de existir como Estado independiente tras el Anschluss, no

sólo fue víctima del régimen nazi, sino que algunos de los autores de los crímenes también fueron austríacos y muchas personas apoyaron, o al menos consintieron, las medidas de la persecución. Por ello, Austria reconoce la responsabilidad moral que le corresponde. Desde hace demasiado tiempo, aceptamos demasiado voluntariamente la proclama de la declaración que aprobaron los aliados en Moscú en 1943, en la que se declaraba que Austria fue el primer país libre que cayó víctima de la agresión hitleriana, y hemos hecho caso omiso del hecho de que en esa misma declaración se recordaba a Austria que tenía una responsabilidad ineludible por haber participado en la guerra en el bando de la Alemania hitleriana.

El régimen nazi no sólo cometió crímenes de lesa humanidad a una escala sin precedentes en la historia de la civilización humana, sino que también fue responsable del mayor robo organizado de todos los tiempos. Tan sólo en los últimos años hemos empezado a entender la magnitud de las pérdidas materiales que sufrieron las víctimas de la persecución nazi.

Tras la guerra, Austria hizo grandes esfuerzos encaminados a la restitución y la compensación, y de hecho los logros fueron muchos. Sólo después de varios decenios llegamos a entender que no se había hecho todo lo posible y que había lagunas y deficiencias en nuestros esfuerzos encaminados a tal fin. Con el objeto de remediar la situación, el Gobierno de Austria empezó a hacer esfuerzos cabales en ese sentido, y confiamos en que ese tipo de iniciativas, que respaldan todos los partidos políticos y la sociedad austríaca en general, por lo menos hará justicia en cierta medida a las víctimas del nacionalsocialismo, pese a haber llegado demasiado tarde, demasiado tarde para muchas de ellas.

Si hablamos de responsabilidad moral con respecto al pasado, también nos corresponde aprender las lecciones oportunas del pasado y ocuparnos del flagelo continuo del antisemitismo. Austria, que se suma a los esfuerzos internacionales en este sentido, es consciente de su responsabilidad y está adoptando una amplia gama de medidas para luchar contra el antisemitismo, la xenofobia y otras formas de racismo e intolerancia a todos los niveles.

Al conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz, cobramos conciencia de lo que perdimos y lo que se destruyó, de que nuestros esfuerzos actuales marcan un hito y de lo que debemos

hacer para conservar el legado de los millones de personas que fueron asesinadas en Auschwitz y en otros lugares por un régimen inhumano, así como para crear una sociedad más justa y más democrática. Las víctimas no merecen menos que eso.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. András Bársony, Secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores de Hungría.

Sr. Bársony (Hungría) (*habla en inglés*): Me conmueve profundamente participar en el período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicado a la conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis. Deseo aprovechar esta oportunidad para rendir tributo, en nombre del pueblo y el Gobierno de la República de Hungría, a la memoria de las víctimas del Holocausto y a todas las personas que perdieron la vida en campos de concentración.

Una vez más ha llegado el momento de inclinar la cabeza ante los millones de personas que fueron exterminadas en los campos de concentración nazis. Nuestros corazones están con las familias de las víctimas de la Shoah.

Hoy recordamos los enormes sufrimientos de quienes perecieron en los campos de la muerte de Auschwitz, Buchenwald, Birkenau, Dachau, Mauthausen, Treblinka y muchos otros lugares, donde, en nombre de una ideología y una política espeluznantes, se exterminó deliberadamente a más de 6 millones de seres humanos con una brutalidad y una maldad extraordinarias. Judíos y gitanos, hombres y mujeres, niños y ancianos, hijos e hijas de diversas naciones, a los que se había catalogado como “razas inferiores”, se convirtieron en víctimas inocentes de un sistema político y una ideología dementes, y ello provocó grandes pérdidas para la humanidad.

Imre Kertész, escritor húngaro y Premio Nobel de literatura, escribe en su libro, *Sin destino*, sobre su espantosa experiencia personal de la tragedia y el sufrimiento humanos que tuvieron que enfrentar las personas en los campos de concentración. La tortura, las humillaciones y las pérdidas eran terribles y no tenían parangón. La humanidad perdió para siempre a muchos millones de personas.

La liberación llegó demasiado tarde para los casi 400.000 húngaros que fueron asesinados en los campos

de concentración, elevando a 600.000 el número de húngaros víctimas del Holocausto. Fue una inmensa tragedia para Hungría, independientemente de los antecedentes religiosos, étnicos o culturales de las víctimas. La pérdida de esas personas que perecieron en los campos de concentración fue y sigue siendo insostenible, y tenemos que mantenernos firmes en nuestra decisión de que estos crímenes nunca vuelvan a ocurrir.

Es una realidad triste y dolorosa que los húngaros no sólo fueron víctimas, sino que también algunos colaboraron activamente en esos horribles crímenes. Hungría como Estado y muchos húngaros, directa o indirectamente, colaboraron con los nazis que cometieron esos crímenes contra seres humanos inocentes, causando un daño irreparable a nuestra propia nación y a la humanidad en su conjunto. Esa es la realidad a la que debemos hacer frente cada día, aunque sepamos que algunos húngaros —cuyos nombres figuran en los muros de honor en el Jardín de los Justos entre las Naciones en Yad Vashem— salvaron la vida de judíos y ayudaron a las personas perseguidas o buscadas, a menudo arriesgando su propia vida.

De hecho, la conmemoración de hoy puede ser un homenaje auténtico, aunque muy doloroso, a la memoria de las víctimas, si no sólo recordamos la tragedia humana de hace más de 60 años, sino que también aprendemos las difíciles lecciones de la historia para fortalecer nuestra decisión y nuestras acciones a fin de velar por que esos horrores no ocurran nunca más. Esa es nuestra responsabilidad común.

Mi país, Hungría, tras haber aceptado su propio pasado, está más decidido que nunca a velar por que las páginas más sombrías de la historia no se olviden ni jamás se vuelvan a escribir. El Gobierno de Hungría sigue firmemente decidido a luchar contra la discriminación racial y étnica, así como contra el antisemitismo. Queremos también que las futuras generaciones conozcan plenamente la verdad histórica de lo que ocurrió hace más de 60 años. El Centro de Documentación y Conmemoración del Holocausto recientemente inaugurado en Budapest; el Día de Conmemoración del Holocausto, que se observa el 16 de abril en todas las escuelas e instituciones de enseñanza de Hungría, y nuestra decisión de no permitir ningún tipo de discriminación racial o étnica, que puede ser el caldo de cultivo de futuras acciones intolerables, son algunos de los esfuerzos que demuestran que Hungría está dispuesta a hacer todo lo posible para no permitir que se

repitan tragedias semejantes. Confío profundamente en que juntos podemos tener éxito, y lo tendremos.

Antes de venir a esta reunión estaba observando el álbum de fotos de mi familia después de la segunda guerra mundial. Había páginas vacías porque nunca tuve la oportunidad de conocer a los miembros de mi familia que perdieron la vida en uno de esos campos. Por ello, si bien es para mí un honor hacer uso de la palabra ante la Asamblea, con placer habría renunciado a la oportunidad de hablar acerca de esos acontecimientos y de conmemorarlos a cambio de estar acompañado de los familiares que perdieron la vida. Considero que es nuestra responsabilidad común velar por que los que tienen la oportunidad de expresar su opinión nunca dejen no haberlo hecho, y por que puedan estar con sus familias por mucho tiempo.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene ahora la palabra el Excmo. Sr. Max van der Stoel, Ministro de Estado y Enviado Especial de los Países Bajos.

Sr. van der Stoel (Países Bajos) (*habla en inglés*): Antes de la segunda guerra mundial, 9 millones de judíos vivían en los 21 países europeos que luego fueron ocupados por los nazis. En 1945, tras la guerra, no habían quedado más que 3 millones de judíos vivos en Europa. Casi 6 millones habían muerto, la mitad de ellos asesinados o muertos de inanición en los numerosos campos de concentración y campos de la muerte establecidos por los nazis.

Un número semejante de opositores políticos, sindicalistas, romaníes y sintis, testigos de Jehová, homosexuales, personas con discapacidad mental o física y otros llamados “indeseables” también fueron asesinados por los nazis, muchos de ellos en esos mismos campos infernales. Muy pocos sobrevivieron en los campos. De mis compatriotas judíos, 107.000 fueron deportados y sólo regresaron 5.200.

Actualmente, en 2005, resulta casi imposible —lo fue entonces, en 1945— absorber la verdad y la crueldad sistemática del funesto sistema nazi. Para muchos, y en particular para las generaciones más jóvenes que no experimentaron la guerra, el olvido puede ser tentador. Sin embargo, si olvidamos, pueden ocurrir muy fácilmente atrocidades semejantes. Ya hemos experimentado, y seguimos experimentando, actos sistemáticos de genocidio en otras partes del mundo.

“Nunca más Auschwitz” no debería ser un lema, sino una obligación constante y continua para todos

nosotros: la generación de más edad, que experimentó o fue testigo de los horrores de los campos, y las generaciones más jóvenes cuyos padres, abuelos, maestros y dirigentes deben asegurarse de que tengan conciencia de la amenaza.

Esta conmemoración —tanto el período extraordinario de sesiones como los acontecimientos que lo rodean— deben contribuir a ello, y así lo harán. Consideramos que es sumamente importante que la conmemoración tenga lugar con los auspicios de las Naciones Unidas. Ello demuestra que es una cuestión que preocupa no sólo a los países y los pueblos que sufrieron bajo los nazis, sino también a todos los países y todos los pueblos del mundo. Demuestra también que las Naciones Unidas y la comunidad internacional tienen la responsabilidad común —como se estipula en la Carta— de trabajar en pro de la paz y el respeto de los derechos humanos. Nadie en el mundo merece menos que eso.

Los Países Bajos desean agradecer a todos los que han posibilitado esta conmemoración: los iniciadores, los Miembros de las Naciones Unidas que hicieron suya y apoyaron la iniciativa, el Presidente Ping y el Secretario General, Sr. Kofi Annan. Expresamos nuestra más profunda gratitud a todos los países y las personas que liberaron los campos, y también a Europa y otras partes del mundo.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Alpha Ibrahima Sow, Representante Permanente de Guinea, quien hablará en nombre del Grupo de Estados de África.

Sr. Sow (Guinea) (*habla en francés*): Sin duda, es un gran honor y un privilegio para mí dirigir a la Asamblea el mensaje de apoyo y solidaridad del Grupo de Estados de África, en mi calidad de Presidente de ese Grupo durante el mes de enero.

Para comenzar, quisiera expresar nuestro sincero agradecimiento y reconocimiento por haber organizado perfectamente este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado a la conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de exterminio nazis.

El Grupo de Estados de África rinde homenaje a la decisión del Secretario General de convocar esta reunión de tanta importancia para la comunidad internacional, en la que África se siente especialmente interesada. Asimismo, demuestra que aprecia los loables esfuerzos de los países que propulsaron la idea.

Al conmemorar por primera vez el aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis, la Asamblea General renueva a la vez su adhesión profunda y su fidelidad a las Naciones Unidas, así como a los principios, los valores y los objetivos de su Carta fundacional.

Al asociarse a esta conmemoración, África desea sobre todo reiterar su apego incondicional al respeto de los derechos humanos y los derechos de los pueblos; su firme defensa de los principios de la dignidad humana, la igualdad de todos los seres humanos —sin distinciones de raza, sexo, idioma o religión— la solidaridad, la tolerancia y la responsabilidad compartida.

Asimismo, deja oír su voz y da a conocer su posición con la misma energía y la misma convicción que tuvieron sus pueblos cuando manifestaron muy pronto su rechazo del nazismo y el fascismo participando resueltamente en la guerra, del lado de los aliados, con el propósito de liberar tanto a los países subyugados como los campos de concentración y exterminio nazis.

África, que ya había conocido los horrores y humillaciones de la trata de negros y que había entablado el combate histórico para liberarse del dominio colonial, pagó un alto costo en vidas humanas y pérdidas materiales para contribuir al advenimiento de un mundo nuevo basado en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas.

Sesenta años después, el continente africano está más decidido que nunca a obrar en pro de la protección de la dignidad humana y para que no se repitan los horrores del Holocausto. Su historia accidentada le ha enseñado que las declaraciones de principios, por nobles que sean, no son suficientes. Hay que aplicar los principios para que surtan efecto.

En este sentido, África —que fue a la vanguardia de la lucha contra el *apartheid*, la discriminación racial, la xenofobia y la intolerancia— no puede limitarse a condenar el Holocausto y las demás formas de antisemitismo.

A fin de garantizar la protección y la defensa sistemática de los derechos humanos, los países africanos se dedican ahora a asegurar el respeto de la Declaración Universal de Derechos Humanos y a poner en práctica la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, de diciembre de 1948, así como de los demás instrumentos internacionales relativos a esos derechos.

El Grupo de Estados de África celebra el hecho de que nuestra Organización y la comunidad internacional observaran el Día Internacional de Reflexión sobre el Genocidio en Rwanda de 1994, y recuerda complacido que, en el transcurso de la importante reunión que se organizó en esa ocasión, el Secretario General anunció un plan de acción para la prevención del genocidio, que fue acogido con agrado por los Estados Miembros y la opinión pública.

El Grupo también celebra el hecho de que, desde hace algunos años, la Tercera Comisión apruebe la resolución titulada “Medidas que se han de adoptar contra las plataformas y actividades políticas basadas en doctrinas de superioridad e ideologías nacionalistas violentas que tienen fundamento en la discriminación racial o la exclusión étnica y la xenofobia, incluido el neonazismo”.

El exterminio de 6 millones de judíos en los campos de concentración nazis durante la segunda guerra mundial seguirá pesando siempre sobre la conciencia de la humanidad.

El Grupo de Estados de África tiene la esperanza de que la conmemoración, por parte de la Asamblea General del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de la muerte nazis sirva de marco para una reflexión más profunda sobre lo que aprendimos del Holocausto y para hallar los medios y arbitrios más adecuados para luchar en todas partes del mundo contra el genocidio, los crímenes de lesa humanidad, las violaciones graves de los derechos humanos y la impunidad.

Ahora que la comunidad internacional se prepara para celebrar el sexagésimo aniversario de las Naciones Unidas, una conmemoración como la que nos reúne debería materializar nuestra determinación, a la vez individual y colectiva, de obrar para hacer cumplir los objetivos de paz, seguridad, desarrollo y progreso social y humano, que se establecieron legítimamente en la Carta de San Francisco y en la Declaración del Milenio.

El Presidente (*habla en francés*): Doy la palabra al representante del Afganistán, Excmo. Sr. Ravan Farhâdi, quien intervendrá en nombre del Grupo de Estados de Asia.

Sr. Farhâdi (Afganistán) (*habla en inglés*): En mi carácter de Presidente del Grupo de Estados de Asia durante el mes de enero, tengo el honor de formular esta declaración en nombre de nuestro Grupo, que está

compuesto por países de Asia y el Pacífico. El Grupo de Estados de Asia considera que esta conmemoración por la Asamblea General del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis es muy apropiada.

Es sumamente importante recordar la historia y recordar a las nuevas generaciones las atrocidades y los horribles crímenes que se perpetraron sobre la base de la segregación racial y las ideologías y plataformas tiránicas.

Hace 60 años las Naciones Unidas se fundaron para salvar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra y promover el desarrollo y los derechos humanos. Los Estados Miembros de las Naciones Unidas se dedican, desde hace 60 años y con una gran voluntad política, a promover la aprobación de diversas convenciones y a celebrar importantes conferencias internacionales sobre los derechos humanos y el derecho internacional humanitario.

La Declaración Universal de Derechos Humanos, de 1948, y la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, del mismo año, fueron hitos fundamentales para la aprobación de instrumentos jurídicamente vinculantes. La reciente entrada en vigor del estatuto de la Corte Penal Internacional y la creación de la Corte para enjuiciar y castigar, entre otras cosas, el genocidio, los crímenes de guerra y los crímenes de lesa humanidad, son acontecimientos fundamentales para disuadir a quienes se planteen cometer atrocidades como las que vivió la humanidad cuando surgió el nazismo hace 60 años. A pesar de que el estatuto aún no ha sido ratificado por todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas, desde las perspectivas jurídica y política su entrada en vigor es un acontecimiento de suma importancia.

Al conmemorar la liberación de los campos de concentración nazis, ha llegado el momento de poner de relieve, sobre la base de las lecciones aprendidas de esa tragedia, el papel fundamental que desempeñan las Naciones Unidas para garantizar un sistema de auténtica seguridad mundial, la promoción de los derechos humanos y el progreso general de la humanidad ante las nuevas amenazas y desafíos del siglo XXI.

El Presidente (*habla en francés*): Ahora tiene la palabra el Representante Permanente de Bulgaria, Excmo. Sr. Stefan Tafrov, quien hablará en nombre del Grupo de Estados de Europa Oriental.

Sr. Tafrov (Bulgaria) (*habla en francés*): Sr. Presidente: En nombre de los países miembros del Grupo de Estados de Europa Oriental, deseo agradecerle la convocación de este período extraordinario de sesiones para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis. Millones de seres humanos —hombres, mujeres y niños— fueron deportados a esos campos. Algunos sobrevivieron, pero la mayoría pereció. Durante este período de sesiones lamentamos esa enorme pérdida para la humanidad y rendimos homenaje a la memoria de las víctimas.

Nunca sabremos cuántos futuros Einsteins podrían haber existido entre los niños que murieron en esos campos. Muchas de las víctimas fueron ciudadanos de los países del Grupo de Estados de Europa Oriental. Para nuestras naciones, la tragedia de esos años es un recuerdo inquietante y un trauma perdurable. Ha marcado nuestra memoria colectiva para siempre.

Las estadísticas sombrías del exterminio son abrumadoras, no sólo por el número de víctimas, sino también por la diversidad de sus orígenes étnicos, creencias religiosas, preferencias políticas y antecedentes profesionales. Diversos grupos minoritarios fueron objeto de ataques de una manera especialmente encarnizada. A la quema de libros por los nazis siguió el incendio de sinagogas y, por último, las matanzas en las cámaras de gas. Aproximadamente 6 millones de judíos fueron exterminados. La catástrofe del Holocausto constituye un ejemplo vívido del hecho de que cuando se persigue a una minoría, todas las minorías se ven amenazadas, y cuando todas las minorías se ven amenazadas, todos corren peligro.

Hoy conmemoramos también la liberación de los campos, que fue posible gracias a la valentía y al heroísmo de los ejércitos de numerosos países. Por consiguiente, rendimos homenaje a los valientes soldados que no solamente pusieron fin al sufrimiento humano sin precedentes, sino que también revelaron al mundo la atrocidad de las cámaras de gas y de los campos de concentración nazis.

Este año, al aproximarnos a la celebración del sexagésimo aniversario de nuestra Organización, nosotros, los Estados Miembros, no debemos olvidar nunca que se fundó tras una de las guerras más devastadoras del siglo XX, en momentos en que se develó la existencia del Holocausto y de la maquinaria de exterminio del nazismo. Las generaciones sucesivas han depositado sus esperanzas en las Naciones Unidas como aval de

que una tragedia semejante no se reitere jamás. De conformidad con los principios fundadores y los objetivos consagrados en la Carta de las Naciones Unidas, todos sus Miembros se ven comprometidos a proteger la vida y la dignidad humanas y a velar por el respeto universal de los derechos humanos y las libertades como fundamentos de la paz, la seguridad y el desarrollo.

Para los países miembros del Grupo de Estados de Europa Oriental, esta conmemoración forma parte de un esfuerzo permanente por no olvidar lo que ocurrió hace 60 años. El filósofo George Santayana afirmó que: “Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a reiterarlo”. Las trampas de una memoria a corto plazo, deficiente o selectiva podrían tener consecuencias desastrosas aún hoy en día. La recordación de esa catástrofe política y, sobre todo, moral es la mejor manera de combatir los males del presente: el racismo y la intolerancia de todo tipo, la xenofobia y el antisemitismo. Se lo debemos a la memoria de las víctimas de los campos nazis, al heroísmo de los libertadores y a las generaciones futuras.

El Presidente (*habla en francés*): Ahora tiene la palabra el Representante Permanente de Honduras, Excmo. Sr. Manuel Acosta Bonilla, quien hablará en nombre del Grupo de Estados de América Latina y el Caribe.

Sr. Acosta Bonilla (Honduras): Décadas han pasado desde la liberación de miles de seres humanos, que escaparon de una tragedia que no debe repetirse y que aún estamos tratando de entender, tragedia que además forma parte de los cimientos sobre los cuales se fundan las Naciones Unidas.

Desde su creación, las Naciones Unidas reconocen el genocidio como un crimen internacional. Ya en la resolución 260 (III) de la Asamblea General, de 9 de diciembre de 1948, establecen la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio, la cual entró en vigor desde enero de 1951.

Por su importancia, me permito recordar sus dos primeros artículos, que rezan de la siguiente manera:

“Las partes contratantes confirman que el genocidio, ya sea cometido en tiempos de guerra o de paz, es un delito de derecho internacional que ellas se comprometen a prevenir y sancionar.

... se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir total o parcialmente a

un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal: a) Matanza de miembros del grupo; b) Lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) Medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo; e) Traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo.”

Debemos reconocer que, lamentablemente, en tiempos modernos las prácticas genocidas se han repetido. Esta conmemoración es de suma importancia, precisamente porque nos permite recordar y no olvidar situaciones tan graves, creadas por el ser humano por razones políticas, raciales, ideológicas o religiosas. Con este espíritu, América Latina y el Caribe hacen un ferviente llamado a la comunidad internacional para continuar luchando para prevenir y erradicar estas prácticas consideradas hoy bárbaras y actuar decididamente contra ellas.

La creación de un sistema jurídico internacional y la vigencia de la Corte Penal Internacional constituyen pasos de firmeza en la búsqueda de ese anhelo.

En las palabras que pronunció el Secretario General al presentar su Plan de Acción para prevenir el genocidio ante la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra:

“No podemos esperar hasta que lo peor haya sucedido, o esté sucediendo, para hacer sonar la alarma. Si hay un legado que deseo dejar a mis sucesores, es una Organización mejor equipada para prevenir el genocidio, y que pueda actuar decisivamente para detenerlo cuando falle la prevención.”

Moralmente, no podemos dejar a nuestros hijos el triste y oscuro legado de la humanidad. Sr. Presidente: El Grupo de Estados de América Latina y el Caribe, en cuyo nombre se hace la presente intervención y que me honro en presidir, le felicita por su elección para este período de sesiones tan importante en la historia de la humanidad.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Representante Permanente de Portugal, Excmo. Sr. João Salgueiro, quien intervendrá en nombre del Grupo de Estados de Europa Occidental y otros Estados.

Sr. Salgueiro (Portugal) (*habla en inglés*): Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, nos reunimos

aquí, en un período extraordinario de sesiones, para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis cuando faltaba poco para que concluyera la segunda guerra mundial en Europa. Los campos nazis representan uno de los crímenes más atroces jamás cometidos en la historia de la humanidad. Formaban parte de la política deliberada de Hitler y los nazis de aniquilar a los judíos y exterminar a los adversarios políticos y a otros grupos que consideraban indeseables desde un punto de vista social o racial.

Los campos de concentración, los campos de trabajos forzados, los campos de exterminio o de la muerte, los campos de tránsito, los campos de prisioneros de guerra: todos ellos servían al Holocausto. Dachau, Auschwitz-Birkenau, Treblinka y tantos otros campos esparcidos por toda la Europa ocupada eran una galería de horrores que va proyectándose en nuestras mentes cuando pensamos en los sucesos acaecidos antes de que se liberaran los campos. Seis millones de judíos —prácticamente la mitad de la población judía de Europa y una tercera parte de la población judía del mundo— pereció. Aproximadamente 5 millones de otras víctimas perecieron a manos del régimen nazi.

Hoy nuestros corazones y nuestras mentes rinden tributo solemne a la memoria de todas las víctimas de los campos nazis. Expresamos nuestra profunda solidaridad con los supervivientes y nuestro pesar por todas aquellas personas a quienes ese estallido de crueldad les hirió física o espiritualmente. Honramos especialmente a las fuerzas aliadas que lucharon para vencer al nazismo, liberar los campos e infundir nuevas esperanzas al mundo. También merecen nuestro encomio las personas que siguieron el dictado de su conciencia y ayudaron a salvar a los perseguidos: salvadores como Raoul Wallenberg, Oskar Schindler, André Trocme y Aristides de Sousa Mendes, algunos de los cuales todavía no han sido identificados ni han recibido reconocimiento.

Esto no es más que un momento de meditación, un momento para que la humanidad plantee las siguientes preguntas: ¿Cómo pudo desencadenarse esta tragedia sin precedentes? ¿Por qué las cosas llegaron a tal punto que los hombres y pueblos enteros cayeron tan bajo? ¿Cómo podemos mantener vivo el recuerdo del Holocausto para impedir que ocurra algo semejante en el futuro?

En ese sentido, la segunda guerra mundial constituyó un punto de inflexión para la humanidad porque

de las cenizas de la guerra surgieron las Naciones Unidas y la esperanza de una sociedad internacional basada en los pilares de la tolerancia, la solidaridad y la seguridad común. La Declaración Universal de Derechos Humanos nació como consecuencia del cruel desprecio de la dignidad y los derechos humanos.

Portugal, en nombre del Grupo de Estados de Europa Occidental y otros Estados, desea pedir a la Asamblea que renueve una vez más sus votos fundacionales, sobre todo para reiterar nuestra fe en los derechos humanos fundamentales, la dignidad y el valor de la persona humana y la igualdad de derechos de todos los hombres y mujeres y de todas las naciones, grandes y pequeñas. No dejemos de aprender nunca del pasado e intentemos, todos los días, a nivel estatal e individual, potenciar la tolerancia y el respeto por nuestros congéneres. Dejemos que las Naciones Unidas tracen sabiamente el camino del futuro.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Wang Guangya, jefe la delegación de China.

Sr. Wang Guangya (China) (*habla en chino*): La delegación de China apoya la convocación de este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis. El Gobierno y el pueblo de China lamentan profundamente la cruel suerte que corrió el pueblo judío durante la segunda guerra mundial y la trágica muerte en los campos de concentración de 6 millones de judíos y otros prisioneros de diversas nacionalidades como consecuencia de la tortura. Nuestro corazón está con los supervivientes y sus familias.

Durante el crudo invierno que se vivió hace 60 años, los nubarrones de humo procedente de las armas empañaron el mundo entero, mientras se libraba la batalla final entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, el progreso y la reacción. En los momentos más crudos de ese invierno finalmente fueron liberados los campos de concentración nazis, en donde se había asesinado a millones de personas. Los sobrevivientes de los campos consiguieron salir de las fauces del mal y volver a vivir. Lo que ocurrió hace 60 años es una página extraordinaria de los largos anales de la historia moderna; en esos tiempos, fuimos testigos del fin de las atrocidades del fascismo y del renacer de la esperanza tras la terrible experiencia que se había abatido sobre la humanidad. Ello ha quedado grabado para siempre en los

corazones y las mentes de los supervivientes de los campos nazis y de los pueblos del mundo, como ejemplo brillante y solemne.

Hace 60 años el nazismo hacía estragos en Europa, mientras una guerra de agresión militarista también sometía a los países y los pueblos de Asia a un tratamiento extremadamente humillante y a saqueos y matanzas sin sentido. Tan sólo China perdió a 35 millones de ciudadanos a manos de los carniceros militaristas, y tan sólo la masacre de Nanjing cobró 35.000 vidas. En los campos de concentración nazis se cometieron innumerables atrocidades, pero los militaristas no quedaron a la zaga en ese sentido, puesto que sus crímenes suscitaron, con razón, la cólera de toda la humanidad y también la cólera divina.

Con el paso del tiempo, el mundo ha vivido profundos cambios. La guerra de agresión fascista lanzó una calamidad sin precedentes sobre la humanidad, pero al mismo tiempo fue aleccionadora y tuvo un efecto educativo para los pueblos del mundo. La paz costó muy cara; no deberíamos permitir que se repitieran semejantes sucesos trágicos. Olvidar la historia sería una traición. Como señaló el Secretario General, Sr. Kofi Annan, no debemos olvidar el pasado; en lugar de ello debemos recordarlo, reflexionar sobre él y aprender de la historia.

Sin embargo hoy, 60 años después, los espectros del nazismo y el militarismo todavía se ciernen sobre nosotros, y las fuerzas y organizaciones de extrema derecha aún se dedican a distorsionar y negar los crímenes históricos, lo que desafía abiertamente la conciencia humana. Ello no puede sino causar desasosiego y alarma a la comunidad internacional. La ancestral sabiduría china nos dice que el recuerdo de los sucesos del pasado puede educar a las generaciones venideras, que la historia es nuestro espejo y guía y que la verdadera valentía llega cuando se es consciente de la vergüenza. El período extraordinario de sesiones de hoy es significativo por dos cuestiones importantes. No sólo sirve para honrar la memoria de quienes murieron en los campos de concentración nazis y ofrecer consuelo a sus familias, sino que también recuerda a los pueblos que aman la paz en todo el mundo que no habría que permitir que esas tragedias se repitieran jamás. No basta con tener buenas intenciones; todos los países deben hacer esfuerzos en este sentido. Instamos a los países en cuestión a asimilar realmente las lecciones de la historia y a optar resueltamente por la senda del desarrollo pacífico.

Hace 60 años, las visiones perspicaces y las decisiones valientes de los estadistas dieron pie al nacimiento de las Naciones Unidas en medio del humo de las armas de la segunda guerra mundial. Al inicio de la Carta, sus fundadores se declararon resueltos a “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles” y “a emplear un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social de todos los pueblos”.

Hoy, impedir la guerra, velar por que tragedias como las de los campos de concentración nazis nunca vuelvan a ocurrir y promover el progreso común y el desarrollo de la humanidad siguen siendo las principales responsabilidades de las Naciones Unidas. El mundo se encuentra en un punto de inflexión histórico, y las Naciones Unidas en una encrucijada histórica. La responsabilidad de velar por un futuro común de la humanidad sigue recayendo fundamentalmente en las Naciones Unidas, cuyo papel hay que consolidar, no debilitar, y cuya autoridad hay que respetar, no comprometer. Todo ello por el bien de los pueblos del mundo. Este es un deber de los gobiernos del mundo y una responsabilidad de los estadistas del mundo.

El Presidente (*habla en francés*): Doy la palabra a su Alteza Real el Príncipe Zeid Ra'ad Zeid Al-Hussein, jefe de la delegación de Jordania.

El Príncipe Zeid Ra'ad Zeid Al-Hussein (Jordania) (*habla en inglés*): Es apropiado que la Asamblea General conmemore a las víctimas del Holocausto nazi en el sexagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz; haga un homenaje a las víctimas que viven y recuerde a los millones de personas que fueron asesinadas; rinda tributo a quienes liberaron a ese campo infame y el resto de los campos y reflexione sobre la maldad de quienes perpetraron crímenes que alteraron tanto la conciencia humana que, en palabras de Henry L. Stimson, se cometieron “contra la propia civilización”.

Sea cual fuere el juicio que hagan del siglo XXI los futuros historiadores cuando calculen nuestros avances técnicos, científicos y literarios, el panorama estará transformado por el Holocausto y por la guerra de agresión más amplia que libraron los nazis. Sus actos de crueldad fueron tan extremos y el consiguiente sufrimiento de los judíos europeos, los pueblos de la Europa ocupada y la ex Unión Soviética, así como de los discapacitados, los enfermos y los débiles, que no debemos esperar más que el desprecio de los futuros

historiadores porque parece que a la humanidad le ha resultado imposible ser sistemáticamente humana o buena.

Ello no significa que la humanidad sea malévolamente por naturaleza hasta tal punto que el cinismo deba triunfar sobre la esperanza. Sin duda no es así porque, después de todo, los millones de víctimas eran inocentes y, durante los peores actos brutales, resultaban evidentes los actos individuales de gran heroísmo y bondad de quienes intentaban salvar a las víctimas, pese a que con frecuencia ellos también resultaban víctimas. Sin embargo, siempre habrá dudas sobre nuestra naturaleza fundamental y su estabilidad —dudas que difícilmente se disiparán si no logramos hacer que el genocidio, la agresión, los crímenes de guerra y los crímenes de lesa humanidad sean inconcebibles al finalizar los primeros 25 años de este siglo.

Porque, ¿qué sentido puede tener una conmemoración —esta importante conmemoración— si, en el mejor de los casos, nuestra gestión del legado del Tribunal Militar Internacional de Nuremberg sigue siendo accidentada?

En Nuremberg, la civilización humana se identificó, por fin, más clara y profundamente, ya que en Nuremberg nos libramos de un pasado abrumado por la popularidad de la mera retribución, en el que con frecuencia las medidas sumarias sólo daban lugar a nuevas injusticias. A partir de allí, apuntamos hacia un futuro en el que había que lograr, únicamente a través de un juicio justo y con un veredicto basado únicamente en las pruebas llevadas al Tribunal, que se hiciera justicia para los principales responsables —los autores de los crímenes más notorios— y también para las víctimas. Sin duda, para los supervivientes, Nuremberg estableció una verdad irrefutable: un recuento preciso y detallado del modo en que los nazis planificaban el genocidio y todas las políticas atroces y luego las aplicaban, con terribles consecuencias, contra los enemigos de la Alemania nazi.

En los 60 últimos años, y desde Nuremberg, el hilo de la justicia penal internacional ha ido pasando por el juicio de Tokio y por los juicios famosos de Hess, Eichmann, Papon, Barbie, Schwammberger, Priebke y Hass, antes de hallar una amplia expresión en los Tribunales especiales para la ex Yugoslavia y para Rwanda. Sin embargo, pese a las condenas importantes, una vez revelada la verdad, y una vez que contamos con jurisprudencia, todo lo que escuchamos

ahora, en este Salón y en el Consejo de Seguridad, parecen ser quejas sobre lo costosa que resulta la justicia penal internacional —los presupuestos combinados de los dos Tribunales se aproximan a los 300 millones anuales de dólares estadounidenses. Cuando se comparan con los 900.000 millones de dólares que la comunidad internacional gasta cada año en armas —el compañero histórico de la guerra— resulta evidente que el gasto de algunos cientos de millones en justicia internacional —el compañero más fiable de la paz— es algo que vale la pena tener en cuenta.

Del mismo modo, ¿qué sentido puede tener esta importante conmemoración cuando hay muchos países que aún no han suscrito el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional? Aprovecho esta oportunidad para instarlos a hacerlo.

¿Qué sentido puede tener esta importante conmemoración si nosotros, la comunidad internacional, en ocasiones hemos permitido, y todavía permitimos, no sólo la existencia de un nacionalismo chovinista —que con frecuencia genera violencia contra el prójimo— sino también que nada impidiera otros sucesos ulteriores? ¿Qué sentido puede tener esta importante conmemoración cuando, al quedarnos de brazos cruzados, permitimos que todos los años un pueblo domine a otro, le deniegue muchos de sus derechos fundamentales y, de este modo, con el paso del tiempo, lo degrade como pueblo?

Sin duda, si vamos a rendir homenaje a la memoria de las víctimas de los terribles sucesos que conformaron el Holocausto con políticas adecuadas para su recuerdo —políticas que no fomenten o toleren nuevas injusticias— nuestra labor habrá de ser volver a hallar el espíritu de cooperación que animó a los dirigentes del mundo en 1945 a crear las Naciones Unidas, la antítesis misma del nacionalismo chovinista, y a empezar a afirmar el papel central de la justicia en la búsqueda de una paz mundial duradera.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Rashid Alimov, jefe de la delegación de Tayikistán.

Sr. Alimov (Tayikistán) (*habla en ruso*): La convocación de este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado a conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación por las fuerzas del ejército soviético y sus aliados de los prisioneros de los campos de concentración nazis es, sin duda, un acontecimiento de especial importancia histórica. Representa

un homenaje a la memoria de millones de personas totalmente inocentes: judíos y gitanos, rusos y polacos, representantes de docenas de países y grupos étnicos, entre los cuales se encontraban mis compatriotas, que fueron brutalmente reducidos a cenizas por las odiosas fábricas de la muerte que creó el régimen criminal nazi de Hitler. Las almas de millones de mujeres y niños, ancianos y jóvenes, que ascendieron a los cielos por las hogueras abrasadoras de los campos de concentración, hoy miran a las Naciones Unidas con la esperanza de que los horrores de la época del fascismo hitleriano nunca más se repitan en la Tierra.

Nunca, bajo ninguna circunstancia, debemos permitir que se olvide esa espantosa tragedia. El lastimero tañido de las campanas de Auschwitz-Birkenau y Buchenwald, Dachau y Mauthausen por las víctimas del nazismo nos pide que estemos alerta, y nos advierte que no nos demos por satisfechos ni nos quedemos indiferentes frente al antisemitismo, el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y todas las demás formas de intolerancia. Aquí, como en el pasado, las Naciones Unidas deben desempeñar un papel fundamental, ya que ocupan un primer plano en la defensa de la paz, los derechos humanos y la dignidad humana.

Los restos de los campos de concentración, que se han conservado hasta nuestros días, los recuerdos de las víctimas del nazismo, las fotografías y otras pruebas documentales de esos tiempos espantosos deben servir de advertencia severa para la humanidad. Es importante que las generaciones presentes y futuras conozcan la verdad acerca de las monstruosas atrocidades que cometieron los nazis, con el fin de impedir que se repitan.

La delegación de Tayikistán expresa su profundo agradecimiento a las valerosas personas aquí presentes que soportaron todos los horrores de los campos de concentración y que conservaron su fe en el triunfo del humanismo. El fascismo hitleriano, con su ideología de la superioridad selectiva de algunos pueblos sobre otros, supuso un desafío para toda la civilización humanista.

Los países que fundaron las Naciones Unidas y que se unieron contra ese mal pagaron un alto precio por su victoria compartida en la segunda guerra mundial. La consolidación de nuestra memoria histórica en relación con las terribles lecciones de esa guerra no es sólo nuestro deber para con aquellos que entregaron sus vidas en el altar de la victoria o que fueron reducidos a cenizas en los campos de concentración nazis. No

sólo es la prueba de nuestra madurez moral, sino que —y esto es especialmente importante— es una garantía de nuestra determinación común de proteger el futuro del humanismo.

El antisemitismo, el racismo y la xenofobia no son algo del pasado. El extremismo, ya sea religioso o político —y especialmente cuanto estos dos se dan a la vez— es un verdadero problema que trae consecuencias de largo alcance. Hoy en día, los extremistas nacionalistas, los cabezas rapadas y los grupos radicales que imitan a los jóvenes matones fascistas no sólo atacan a personas con otro color de piel, con otra nacionalidad o con otra religión, sino también casas de culto, monumentos culturales y cementerios. Cualquiera de nosotros podría convertirse en una víctima.

Es evidente que sólo se puede vencer el extremismo mediante esfuerzos colectivos de la comunidad internacional, con la coordinación de las Naciones Unidas. Es sumamente simbólico que uno de los resultados importantes de la segunda guerra mundial fuera la creación de las Naciones Unidas, que encarnan la voluntad compartida de los Estados de fortalecer la paz, la justicia y la legitimidad internacional sobre la Tierra. La convocación de este período extraordinario de sesiones en la Sede de las Naciones Unidas constituye una reafirmación más de la entrega de la Organización a los nobles principios y normas que consagraron en su fundación los dirigentes de los Estados de la coalición antihitleriana.

Tayikistán —país dedicado a los propósitos y principios de las Naciones Unidas— junto con otros Estados Miembros, está dispuesto a aportar la contribución que le corresponde para crear un mundo más seguro, más justo y más humano.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Ricardo Alberto Arias, jefe de la delegación de Panamá.

Sr. Arias (Panamá): Panamá se suma a la conmemoración especial que hoy hace la Asamblea General del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis al terminar la segunda guerra mundial. Encomiamos el hecho de que las Naciones Unidas, que precisamente nacieron tras las cenizas de esa conflagración, hagan una pausa para destacar este hecho con toda la formalidad y el sentido histórico que amerita. Esta ocasión de por sí constituye un momento propicio para renovar nuestro compromiso

con los ideales que sirvieron de fundamento para su creación.

Más de seis millones de seres humanos —especialmente, y con particular violencia, miembros del pueblo judío— perdieron sus vidas víctimas de la insensatez de unos y de la desidia de otros. Fue precisamente el horror provocado por este magnicidio lo que dio pie para impulsar en una forma clara y decidida el compromiso que hoy tenemos con la promoción y la protección de los derechos humanos alrededor del mundo.

Las víctimas inocentes del Holocausto fueron ciudadanos de varias naciones, y varias naciones concurren a su liberación. Sólo con esa capacidad de toma de conciencia y espíritu de cooperación la humanidad podrá atender y resolver los desafíos que nos depara el presente y nos anuncia el porvenir. La conmemoración que hoy hacemos del cierre de los campos de concentración es propicia para que recordemos que allí donde hay espacio para la intolerancia, hay espacio para la discriminación; allí donde las autoridades pretenden ser dueñas absolutas de la verdad, hay espacio para la persecución; y allí donde se juntan la discriminación con la persecución, hay terreno fértil para nuevos holocaustos. Al igual que en el Holocausto de la segunda guerra mundial, estos acontecimientos tienen repercusiones altamente perjudiciales en el tejido de todos los pueblos del mundo, y no sólo de aquellos que los sufren, ya que la discriminación —cualquiera que sea su motivo o manifestación— es un atentado contra lo más íntimo del ser humano.

Panamá, país donde viven y conviven en perfecta armonía personas de distintas razas, religiones y creencias políticas, espera que aprendamos de las experiencias y lecciones del pasado, y confía en que éstas nos sirvan para orientar, hoy y mañana, los retos de nuestra civilización.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Andrei Dapkiunas, jefe de la delegación de Belarús.

Sr. Dapkiunas (Belarús) (*habla en ruso*): En las afueras de la capital de Belarús se encuentra la pequeña aldea de Maly Trostenets. En ese lugar los nazis construyeron su cuarto campo de exterminio más importante. Allí se extinguieron las vidas de 200.000 personas. Trágicamente, ni uno solo de los prisioneros de ese campo de concentración vio la luz de la liberación. Los nazis destruyeron totalmente ese campo en un

intento por ocultar todo vestigio de las atrocidades que habían cometido.

El pueblo de Belarús, país que intervino en la última guerra mundial, perdió una cuarta parte de sus ciudadanos. Se ha mantenido profundamente sensible al legado de la guerra, y ese legado está muy presente. Vive en nuestro recuerdo de los ancianos, las mujeres y los niños de 619 aldeas de Belarús que fueron quemados vivos por los escuadrones de la muerte de la SS. Viven en nuestra firme convicción de que la paz es el máspreciado valor en la vida. Algunos podrían considerar que esto es idealismo, pero el pueblo de Belarús es fervientemente antibélico.

Ese legado está vivo en nuestra profunda preocupación porque en el mundo moderno el flagelo de las ideas de odio, exclusividad y superioridad étnica aún no ha desaparecido. También vive en nuestro dolor porque, a lo largo de los siglos, la tentación reiterativa de los grandes y poderosos del mundo de librar campañas bélicas victoriosas todavía no ha dado lugar a la constatación de la simple verdad de que una paz imperfecta es mejor que un conflicto abierto. Algunos pueden considerar ridículo un dicho común de Belarús: “Que no haya guerra”. Sin embargo, cuando recordamos el destino inimaginable de los prisioneros de los campos de concentración nazis, podríamos tratar de imbuirnos nuevamente de la sabiduría de esas personas cuyas expectativas de vida no son muy ambiciosas, pero que sin duda han cobrado una profunda conciencia de que toda solución pacífica es preferible a los horrores de la guerra.

Si las lecciones trágicas de la guerra quedan silenciosamente relegadas al olvido de la historia, la humanidad habrá fracasado en esta prueba definitiva.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el jefe de la delegación del Gabón, Excmo. Sr. Denis Dangu Réwaka.

Sr. Dangu Réwaka (Gabón) (*habla en francés*): El Gabón se adhiere plenamente a la declaración formulada por el representante de Guinea en nombre del Grupo de Estados de África en Nueva York. Sin embargo, permítaseme rendir homenaje, en nombre de mi país, el Gabón, a la memoria de los millones de víctimas del Holocausto y, en esta ocasión especial, manifestar la solidaridad de nuestro pueblo y de nuestro país con todos aquellos que sufrieron el martirio de la deportación y la barbarie de los campos de concentración nazis.

¿Qué podría añadirse tras el testimonio elocuente que escuchamos hoy, que nos hizo estremecer? El deber del recuerdo es para nosotros más imprescindible hoy, en momentos en que la historia amenaza con repetir los horrores de esos tiempos particularmente oscuros, que considerábamos superados para siempre: los espectros del genocidio, la depuración étnica y otros flagelos.

Por ello, la conmemoración en las Naciones Unidas del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis tiene una repercusión universal y exige más que nunca nuestro compromiso. Debemos inspirarnos en el heroísmo de todas aquellas personas de distintos orígenes que lucharon por liberar los campos de concentración, resistir a la tiranía y contribuir con su sacrificio al fortalecimiento de los valores democráticos y los derechos humanos.

Debemos esforzarnos sobre la base de los progresos ya logrados gracias a la acción de las Naciones Unidas para que la humanidad nunca jamás tenga que volver a padecer esas atrocidades.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el jefe de la delegación de la República Unida de Tanzania, Excmo. Sr. Augustine Mahiga.

Sr. Mahiga (República Unida de Tanzania) (*habla en inglés*): Ante todo, deseo adherirme a la declaración formulada por el representante de Guinea en nombre del Grupo de Estados de África en Nueva York.

Es muy apropiado que nosotros, las Naciones Unidas, hayamos convocado un período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis, que puso fin al horrible Holocausto en Europa. El Holocausto se perpetró durante años y cobró la vida de seis millones de personas mientras el mundo era testigo impotente de ese crimen. Se tuvo que librar una guerra mundial para derrotar al régimen nazi y poner fin al Holocausto.

Hoy, 60 años después, debemos reflexionar con especial atención sobre lo que fracasó durante tanto tiempo. Además, es un día especial para honrar la memoria de las víctimas y los sobrevivientes de la maquinaria de exterminio nazi. También debe ser un momento de hacer un mea culpa y reflexionar sobre nuestro fracaso colectivo para poner fin a otros actos de genocidio

que se cometieron después de los espantosos horrores del Holocausto.

El asesinato sistemático y generalizado de los judíos no ocurrió por casualidad. Tampoco ocurrieron de ese modo otros abusos graves de los derechos humanos que se constataron en los genocidios perpetrados en Camboya y en Rwanda o en la depuración étnica cometida en Kosovo. Nada de esto tendría que haber ocurrido, pero ocurrió, y en cada caso esto sucedió porque hubo personas que lo quisieron, lo planificaron y lo ejecutaron. Es por ello que los abusos de los derechos humanos en cualquier parte del mundo no pueden soslayarse. La pregunta constante que debemos formularnos es: ¿Acaso esto puede ocurrir nuevamente?

La única sensación reconfortante que disfrutamos actualmente es que nunca antes la comunidad internacional ha compartido un sentimiento común de decisión de promover los derechos humanos y la dignidad humana bajo el estandarte y la guía de las Naciones Unidas. Nunca antes los Estados y sus dirigentes habían compartido tal sentimiento de responsabilidad contra las fuerzas del mal y las humillaciones que enfrentaba la humanidad. En nuestra región ese espíritu de determinación se convirtió en el principal impulsor de la primera Cumbre de la Conferencia Internacional sobre la paz, la seguridad, la democracia y el desarrollo en la región de los Grandes Lagos, que culminó con la Declaración de Dar es Salam.

Como vecino de Rwanda, en Tanzania no podemos sino recordar con angustia que la planificación y la ejecución sistemáticas del genocidio, en el que fueron asesinados cerca de un millón de miembros de la población tutsi de Rwanda, así como hutus moderados, fue organizado, coordinado y ejecutado burocráticamente. En consecuencia, Rwanda debe servirnos como otro recordatorio doloroso más de que la determinación de “nunca más” puede fácilmente retroceder a la expresión “una y otra vez”.

Estamos firmemente convencidos de que esta conmemoración también servirá para fortalecer nuestra dedicación a la protección y la promoción de la dignidad y el valor del ser humano. Ese también debe ser nuestro compromiso perdurable al esforzarnos por fomentar un mejor nivel de vida en un entorno de mayor libertad.

No podría existir mejor vehículo para la promoción de la plenitud de la visión y los ideales consagrados en la Carta que la saludable defensa de los derechos que

se promueven en otro instrumento que se inspira en el deseo de impedir que se repitan las atrocidades del Holocausto: la Declaración Universal de Derechos Humanos, que cubre los derechos civiles y políticos, así como los derechos económicos, sociales y culturales. Esos derechos fundamentales, considerados en su conjunto, deben constituir la base de un régimen normativo de los derechos humanos que sea completo e internacional.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al jefe de la delegación de la República de Corea, Excmo. Sr. Kim Sam-hoon.

Sr. Kim Sam-hoon (República de Corea) (*habla en inglés*): Mi delegación se suma a otras delegaciones para conmemorar solemnemente este aniversario histórico y humanitario que invita a la reflexión. Lloramos por las víctimas de los campos de concentración nazis y lamentamos la tragedia del Holocausto.

Los campos de concentración nazis y el Holocausto representan uno de los más crueles e inhumanos crímenes de lesa humanidad. Millones de vidas inocentes se perdieron de una manera atrozmente premeditada y sistemática sobre la base del odio ciego por motivos raciales y políticos. Esa trágica calamidad subraya de qué manera el odio racial puede hacer que los seres humanos cometan horribles actos de violencia contra sus semejantes.

Las atrocidades durante la segunda guerra mundial no quedaron limitadas a Europa, ya que otras regiones del mundo también sufrieron violaciones masivas de los derechos humanos y brutalidad forzada. Es la obligación colectiva de la humanidad en su conjunto aprender de la historia y fomentar la educación y la tolerancia, a fin de que tal tragedia jamás se vuelva a repetir.

Al fundarse las Naciones Unidas, el ejemplo histórico de los campos de concentración nazis y otros crímenes de lesa humanidad cometidos durante la segunda guerra mundial pesó mucho sobre las mentes y los corazones de los representantes de la comunidad internacional. De las cenizas de los crímenes genocidas se crearon varios instrumentos humanitarios internacionales, entre los que se encuentran la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio. Entonces se esperaba que dichos instrumentos ayudaran a prevenir el genocidio y los crímenes de lesa humanidad en el futuro.

Lamentablemente, y para nuestra vergüenza colectiva, el fin del Holocausto y la liberación de los campos de concentración nazis no constituyeron el final del genocidio. Recientes tragedias genocidas han aumentado la necesidad de que la comunidad internacional redoble sus esfuerzos por establecer un sistema de seguridad colectiva fiable y eficiente que disuada la repetición de crímenes tan atroces y fomente la tolerancia entre las razas, las culturas y las naciones. Si alguna vez hemos de librarnos del odio y la violencia que plagan nuestro mundo, debemos empezar por abrazar la idea de que todos los seres humanos son creados verdaderamente iguales y tienen el mismo derecho inherente a vivir en paz, en condiciones de seguridad y con dignidad.

Lo que el Holocausto y los campos de concentración nazis nos enseñaron fue, entre muchas dolorosas lecciones, que la capacidad del ser humano de ser inhumano contra sus semejantes es inmensa. Sin embargo, al mismo tiempo, ejemplos de desprendimiento, compasión y comprensión, como se mostraron vívidamente con los pronto esfuerzos internacionales de socorro con motivo del tsunami, nos recuerdan que la humanidad también tiene una capacidad ilimitada de compasión y empatía. El desafío que ahora enfrentamos es el de aprovechar esa capacidad para el bien al tiempo que permanecemos vigilantes contra los brotes de intolerancia y odio.

Es demasiado tarde para los millones de víctimas del Holocausto y de otros genocidios, pero no para las generaciones futuras. La República de Corea rinde homenaje a la memoria de las víctimas del Holocausto y de los campos de concentración nazis, y prometemos nuestro apoyo inquebrantable a la lucha por proteger los derechos humanos fundamentales y la dignidad de toda la humanidad.

El Presidente (*habla en francés*): Doy la palabra al jefe de la delegación del Brasil, Sr. Ronaldo Mota Sardenberg.

Sr. Sardenberg (Brasil): Es de suma importancia que la Asamblea General rememore la liberación de los campos de concentración nazis. Nos reunimos hoy para prestar un tributo a las víctimas y mantener viva la imagen de una tragedia que se abatió no solamente sobre los que sufrieron sus consecuencias directas, sino también sobre la humanidad como un todo. Es importante considerar con detenimiento la significación histórica de los acontecimientos de hace 60 años.

Con la liberación de los campos de concentración mientras los aliados avanzaban sobre posiciones nazis, se rompió el silencio de uno de los capítulos más repugnantes de la historia: la muerte de millones de hombres, mujeres y niños, especialmente judíos, eslavos, gitanos y personas con discapacidad, entre otros inocentes. Los campos han sido correctamente retratados como una de las instituciones principales, si no la central, del régimen nazi. Liberado por el Ejército Rojo, Auschwitz era una fábrica de muerte en masa y se ha transformado en el símbolo del crimen de genocidio.

El régimen nazi, que pretendía la dominación total y tenía como base una ideología absolutamente repugnante de odio racial, no se satisfizo con discriminar, segregar y perseguir a los judíos, ni con confiscar sus bienes, detenerlos y someterlos a trabajos forzados. En una espiral insana de destitución de derechos y violencia, se ejecutó a personas indefensas a sangre fría y en forma masiva. Las atrocidades llegaron a su punto más repulsivo con la puesta en marcha de una maquinaria para la aniquilación de millones de seres humanos.

Aglomerados en vagones de carga, muchos morirían sofocados durante el viaje. A su llegada, la mayoría era enviada inmediatamente a las cámaras de gas. Los internos eran sujetos a condiciones de vida degradantes y horrores indecibles. La intención era poner a las personas más próximas al límite de la vida y de la muerte, torturarlas y sujetarlas a experimentos médicos terribles. Las atrocidades cometidas escapan a nuestra imaginación y causan la más profunda inquietud en todos los que procuramos comprender cómo se pudo incurrir en tanta violencia.

La liberación de los campos de concentración era el preanuncio de la derrota y el derrocamiento del régimen nazi. La segunda guerra mundial, deflagrada tan agresivamente por Hitler, estaba llegando a su fin, y había mucha esperanza de que la humanidad pudiera vivir días más pacíficos. A ejemplo de tantos otros países, el Brasil había enviado tropas, 25.000 soldados, y un grupo de aviación de caza para integrarse a los aliados en el teatro de operaciones europeo. El Brasil también había sido atacado con el torpedeo de muchos de sus buques mercantes en el Atlántico Sur. En los campos de batalla cientos de jóvenes brasileños dieron sus vidas por la victoria común de la paz y la libertad.

El clima político favorable en 1945 produjo la oportunidad para revertir la situación de colapso moral

de los años anteriores y fortalecer el derecho y las instituciones internacionales. Las Naciones Unidas han sido establecidas para preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. Pasados 60 años, países y regiones arrasados por el conflicto mundial disfrutaban de la paz y la prosperidad y han podido contribuir significativamente al mantenimiento de la estabilidad internacional, de conformidad con los preceptos de la Carta.

Además, la Organización ha subrayado su compromiso con la promoción y la protección de los derechos humanos. Se ha podido avanzar considerablemente en construir una arquitectura para la protección internacional de las personas, inaugurada con la Declaración Universal de Derechos Humanos, que fijó el ideal común al que todos los pueblos y naciones deben aspirar. Recientemente la Corte Penal Internacional, la primera de carácter permanente, fue creada para asegurar que los crímenes más repugnantes, incluido el genocidio, los crímenes de lesa humanidad y los crímenes de guerra, no permanezcan impunes. Debemos seguir haciendo todos los esfuerzos por garantizar la integridad, la independencia y la universalidad de la Corte; pero hay que reconocer que violaciones graves y sistemáticas de los derechos humanos continúan siendo perpetradas en circunstancias que afrontan la conciencia mundial.

Nos preocupa la persistencia de conflictos armados y el número creciente de muertos civiles, lo que refuerza nuestra convicción en la necesidad de prevenir tales conflictos, buscar soluciones pacíficas para las controversias y mantener en desarrollo permanente el campo de la salvaguarda de las personas en el ámbito internacional. Asimismo, la comunidad internacional tiene que demostrar su compromiso resolutivo de combatir el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia. También debe hacer patente su voluntad política para superar problemas como el hambre, la pobreza y las enfermedades.

Jamás debemos olvidar las atrocidades del pasado. Los campos de concentración nazis eran el espacio para el destroz completo de la dignidad humana. Este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General constituye una oportunidad para que reafirmemos nuestra obligación jurídica y moral de perseverar irreversiblemente en el camino hacia la paz y la protección de los derechos humanos.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Kenzo Oshima, jefe de la delegación del Japón.

Sr. Oshima (Japón) (*habla en inglés*): El Japón se une a numerosos Estados Miembros para apoyar plenamente la celebración de este período extraordinario de sesiones en conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis. Lloramos por las víctimas del Holocausto. La humanidad tiene una larga experiencia en cuanto al flagelo de la guerra. Dos veces en la primera mitad del siglo XX, el mundo volvió a padecer esos horrores y experimentó sufrimientos, miseria y dolor indecibles. Eso no se debe repetir. Debemos recordar nuestros errores pasados y aprender de ellos, y debemos comprometernos de nuevo, mediante nuestra decisión colectiva, a no permitir que vuelvan a ocurrir nunca más. Este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General debe servir como un recordatorio importante de esa solemne determinación.

Al mirar en retrospectiva la persecución nazi que destruyó a 6 millones de judíos y a muchos otros, permítaseme aprovechar esta oportunidad para referirme a un episodio que ha llegado a ser hoy ampliamente conocido entre los japoneses y los judíos. En los primeros días después del estallido de la segunda guerra mundial en Europa, un diplomático japonés que prestaba servicios en el consulado japonés en Kaunas (Lituania) emitió más de 1.000 visados de viaje a judíos que habían llamado a la puerta del consulado en un intento desesperado por escapar de la persecución nazi. Los visados de viaje les permitieron pasar en tránsito por el Japón antes de ir a sus lugares finales de destino.

Lo que es notable acerca de esta historia es que el diplomático, Chiune Sugihara, una de las personas a las que el Secretario General se refirió esta mañana como los “Schindlers”, necesitó un gran valor para desempeñar esa tarea, porque, si bien en aquel entonces el Japón había adoptado una política de no discriminación hacia los judíos, muchos de los judíos en Kaunas que estaban desesperados no cumplían ciertos requisitos previos, tales como el de contar con una autorización para inmigrar a sus países de destino final, en virtud de la cual se autorizó a los cónsules japoneses a emitir visados de tránsito. No obstante, el Sr. Sugihara emitió visados de tránsito para esas personas judías bajo su propia responsabilidad y debido a una simple preocupación de carácter humanitario. Trabajó desahogado, día a día, hasta el momento mismo de su

partida de una estación de tren en Lituania, en septiembre de 1940.

El valor y el humanismo de ese diplomático ayudaron a salvar la vida de miles de judíos en esas horas oscuras y difíciles. Muchos han recordado al Sr. Sugihara y probablemente lo recordarán para siempre. Soy uno de los que se sienten muy orgullosos de que hubiese una persona como el Vicecónsul Sugihara entre nuestros predecesores. A la vez, creo que esta historia también contiene una lección para la posteridad: la importancia del humanismo y de las consideraciones humanitarias en la gestión de los asuntos internacionales.

La sabiduría del ser humano radica en su capacidad de aprender del pasado. Nuestra historia debe ser el espejo para el futuro. Muchos oradores anteriores han abordado esa lección, a la que nos adherimos plenamente.

En este sentido, se han hecho algunas referencias a las tragedias causadas por la guerra en Asia. A ese respecto, deseo recordar la posición de mi Gobierno sobre el asunto. Permítaseme citar de la declaración oficial formulada en 1995, con ocasión del quincuagésimo aniversario del fin de la guerra. En ese entonces, el Primer Ministro del Japón, Sr. Tomiichi Murayama, con el respaldo de todo el Gabinete, afirmó:

“Durante cierto período en un pasado no muy lejano, el Japón, aplicando una política nacional equivocada, avanzó por el camino de la guerra, solamente para atrapar al pueblo japonés en una crisis fatídica y, a través de su dominio y agresión coloniales, causó daños y sufrimientos ingentes a los pueblos de numerosos países, en particular a los de las naciones de Asia. Con la esperanza de que ese error no vuelva a cometerse en el futuro y con un espíritu de humildad, considero que estos son hechos irrefutables de la historia, expreso aquí nuevamente mis sentimientos de remordimiento profundo y reitero mis más sentidas disculpas.”

Reiterada por todos los sucesivos primeros ministros y por otros dirigentes de nuestro Gobierno, esta sigue siendo la posición del Japón en lo que respecta a esta cuestión.

Para concluir, señalo que este año las Naciones Unidas celebran su sexagésimo aniversario y que el año próximo, en 2006, el Japón celebrará el quincuagésimo aniversario de su ingreso a las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas han recorrido un muy largo camino desde su fundación, hace 60 años, y también lo ha recorrido mi país, el Japón, durante ese período. El Japón, que fue uno de los antiguos Estados enemigos cuando se fundó la Organización, desde hace tiempo ha pasado a ser uno de sus contribuyentes principales, tanto en lo que respecta al apoyo que brinda a muchas de sus actividades como al cumplimiento de sus disposiciones. Así, el Japón ha demostrado que es un Estado Miembro que está comprometido firmemente con los ideales y objetivos de las Naciones Unidas y deposita su fe en ellos.

Permítaseme señalar que ello nos enorgullece y, al mismo tiempo, con toda humildad, prometemos hacer todo lo posible por continuar promoviendo la cooperación internacional como miembro responsable de la comunidad internacional, y obrar en pro de la paz y el desarrollo mundiales sobre la base de los principios e ideales de la Carta.

El Presidente (*habla en francés*): Deseo informar a los miembros de que aún quedan 11 oradores inscritos en mi lista. A fin de que todos los oradores puedan hacer uso de la palabra esta tarde, hago un llamamiento a todos los representantes para que formulen declaraciones en la forma más concisa posible, y les doy las gracias por su comprensión.

Ahora tiene la palabra el jefe de la delegación de Rumania, Excmo. Sr. Mihnea Ioan Motoc.

Sr. Motoc (Rumania) (*habla en inglés*): Estoy hoy aquí ante ustedes y hago uso de la palabra en nombre del Gobierno de Rumania para transmitir los sentimientos de mis compatriotas, expresar nuestro pesar y rendir un profundo homenaje a la memoria de numerosas personas que sufrieron y perdieron la vida en los campos de concentración nazis, la mayoría de ellas simplemente por ser judías.

Hoy es un día de recordación de las víctimas y un día para que expresemos nuestro agradecimiento a aquellos soldados que pusieron fin a la pesadilla y la perversidad de los campos de concentración. Recordamos la liberación de Auschwitz-Birkenau como un hito histórico en el derrumbamiento de toda la red de los campos de exterminio.

Es apropiado honrar este día en las Naciones Unidas y es adecuado celebrar este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General. Debemos

recordar el pasado; es necesario que aprendamos sus lecciones y que ellas nos sirvan de guía en el futuro.

Rumania respaldó plenamente esta conmemoración en las Naciones Unidas. El pueblo de Rumania también recuerda los años de terror del nazismo, los tiempos en que esa ideología dio lugar a los campos ignominiosos. Muchos judíos rumanos perecieron allí. Mientras el mundo conocía las dimensiones plenas del horror, los rumanos también cobraban conciencia de la magnitud de la tragedia que habían padecido sus conciudadanos.

Al emerger de las prolongadas sombras del totalitarismo y al reintegrarse a la comunidad de naciones democráticas, el pueblo de Rumania emprendió el viaje largo y doloroso de recuperar sus recuerdos y enfrentan toda la verdad de esos trágicos años. Hoy, en Rumania creemos que tenemos el deber de saber y de no olvidar.

Consideramos que hay responsabilidades que debemos reconocer y asumir; opinamos que debemos adoptar un enfoque crítico de la historia para que el pasado, tal como ocurrió, no se olvide y para que podamos reconstruirnos como parte de la construcción de nuestro futuro.

La experiencia de Rumania con su propia comunidad judía durante la segunda guerra mundial —el hecho de que algunos conciudadanos fueran víctimas del Holocausto— no puede ni debe olvidarse ni menoscabarse. La tragedia se desencadenó contra el telón de fondo de acontecimientos sombríos para el país y la nación. Esos fueron tiempos profundamente turbulentos para Rumania. Se produjo un cambio radical en el régimen político del país y, tras un golpe de Estado, el poder fue asumido por un partido partidario del nazismo, antisemita y antidemocrático, el Movimiento Legionario.

Entonces comenzaron a perpetrarse crímenes contra la población judía de Rumania. El capítulo más importante de la participación de Rumania en el Holocausto se relaciona con las deportaciones de judíos de todas partes del territorio de Rumania al campo de concentración ubicado en Transdniestria, territorio situado entre los ríos Dniester y Bug, que estuvo bajo la administración de Rumania durante la segunda guerra mundial. La historia de los crímenes perpetrados contra judíos abarca otros capítulos oscuros, incluida la matanza de judíos de Iasi, en junio de 1941.

Conjuntamente con varias organizaciones de sobrevivientes del Holocausto y la Federación de Comunidades

Judías de Rumania, nuestro Gobierno estableció el Día del Holocausto en Rumania para rendir un sincero homenaje a todos aquellos que padecieron debido a las políticas discriminatorias, antisemitas y racistas promovidas por el Estado de Rumania a mediados del siglo XX, en momentos turbulentos de nuestra historia nacional. Al rendir homenaje a los muertos y los deportados, a aquellos que fueron obligados a abandonar el país, a los desposeídos no sólo de sus propiedades sino también de los derechos y las libertades que les garantizaba la Constitución, a los que fueron tratados como seres humanos inferiores, todos los años, el 9 de octubre, hacemos un examen de conciencia para tratar de comprender las causas y las consecuencias de que se haga caso omiso de los valores fundamentales y la tradición de tolerancia de nuestro propio pueblo.

Además, el Gobierno decidió asignar la tarea de revelar todos los hechos pertinentes de la participación de Rumania en el Holocausto a un comité internacional de historiadores especializados, presidido por el Profesor Elie Wiesel. El informe del Comité, publicado recientemente, sentará las bases para toda investigación futura de ese espantoso fenómeno, así como para la divulgación de información al público, especialmente a las generaciones jóvenes. El Ministerio de Educación e Investigación ha incluido en los planes de estudios escolares un curso optativo sobre el Holocausto.

Esas medidas forman parte de un programa más amplio mediante el cual se promueven el conocimiento y la comprensión de nuestro pasado y de los acontecimientos relativos al Holocausto. Abarca la promulgación de legislación que prohíbe los símbolos y las organizaciones fascistas, racistas, xenófobos o antisemitas, así como el culto a las personalidades que fueron responsables de crímenes de lesa humanidad.

Ahora Rumania tiene el compromiso de asumir su propio pasado y un historial de cooperación internacional en la investigación del Holocausto. En diciembre pasado mi país se convirtió en miembro del Grupo de Trabajo para la cooperación internacional en relación con la educación, el recuerdo y la investigación del Holocausto. Rumania continuará poniendo en práctica programas relacionados con la investigación científica sobre el Holocausto, la educación para la tolerancia y la protección del patrimonio cultural judío en un proceso que aúna las medidas gubernamentales y las iniciativas de la sociedad civil.

Asumir el propio pasado —con todo el bien y todo el mal— es un ejercicio de honestidad y concienciación democrática. Al condenar a los responsables de los crímenes cometidos, no debemos olvidar que, incluso bajo las difíciles condiciones políticas y militares de aquella época, muchos rumanos conocidos y desconocidos arriesgaron su libertad —y hasta su vida— para salvar a sus conciudadanos judíos de la muerte. Algunos de esos rumanos que opusieron resistencia han sido reconocidos por el Gobierno del Estado de Israel como “Justos de la Humanidad”.

El Holocausto tiene una importancia y unas lecciones especiales para la actualidad. No debe repetirse. Por ello, debemos velar por que las generaciones venideras todavía puedan conocer y entender toda la verdad. Como recordaba el Sr. Elie Wiesel en *La Noche*:

“Jamás olvidaré esa noche. Esa primera noche en el campo de concentración que hizo de mi vida una sola larga noche bajo siete vueltas de llave ... Jamás olvidaré esos instantes que asesinaron a mi Dios y a mi alma, y a mis sueños que adquirieron el rostro del desierto. Jamás lo olvidaré, aunque me condenaran a vivir tanto como Dios. Jamás.”

Por eso es tan importante la conmemoración de hoy de la liberación de los campos de la muerte nazis. Es importante que se observe en las Naciones Unidas este día de recuerdo y que, de este modo, se pueda enviar un mensaje renovado a la comunidad mundial, a fin de capitalizar lo que ha logrado la humanidad durante los sesenta últimos años y de asegurarnos de que esas atrocidades y tragedias no vuelvan a ocurrir jamás. Hoy se nos recuerda de un modo muy poderoso que es necesario prepararnos más y luchar más resueltamente contra el racismo, la xenofobia y el antisemitismo. Esos flagelos nunca podrán tratarse a la ligera.

Este día debe convertirse para todos nosotros en un momento para el recuerdo y la reflexión, el momento adecuado para meditar sobre el totalitarismo y sus trágicas consecuencias, los lazos comunitarios y los valores de la solidaridad humana, el modo de velar por que siempre prevalezcan la democracia, la legalidad y el respeto de los derechos y las libertades fundamentales de todos los seres humanos.

El Presidente (*habla en francés*): A continuación, doy la palabra al jefe de la delegación de la Argentina, Excmo. Sr. César Mayoral.

Sr. Mayoral (Argentina): En primer lugar, quisiera expresar que este discurso debía ser leído por el Canciller de mi país, Sr. Rafael Bielsa, y que, por motivos de fuerza mayor, no pudo estar aquí. Por eso lo hago yo en su lugar.

Sr. Presidente: En segundo lugar, quisiera hacerle llegar, por su intermedio, nuestro reconocimiento y satisfacción al Secretario General por haber convocado este periodo extraordinario de sesiones sobre la conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis.

La memoria ordena el séquito de la verdad. La memoria sigue a la verdad a pocos pasos de distancia y es más paciente, incluso, que los memoriosos, a quienes a veces no es la verdad lo que más los obsesiona. Se rige por otras leyes, lee los enigmas del agua, sólo es espontánea cuando habla con la verdad en la intimidad, pensando en el tribunal que juzgará el pasado y el futuro.

El 27 de enero de 1945 —es decir, hace 60 años— la vanguardia del Ejército Rojo descubre por azar el campo de concentración de Auschwitz. Encuentra allí algunos millares de sobrevivientes que los nazis habían abandonado porque no estaban en condiciones de caminar. La guerra continuaba, y los deportados aptos para trabajar habían sido transferidos a mitad de enero hacia otros campos, alineados en las denominadas “marchas de la muerte”.

Primo Levi, referencia faro de Auschwitz y del Holocausto, redacta junto con su amigo Leonardo Debenedetti, por pedido del comandante ruso del campo de “reagrupamiento” Katowice, una matriz del saber sobre la muerte, una especie de taylorismo aplicado al exterminio. Así nace el “Informe sobre la organización higiénico-sanitaria del campo de concentración para judíos de Monowitz (Auschwitz, Alta Silesia)”.

El título administrativo no alcanza a esconder el pánico; la escritura científica no enceguece la voz del horror, porque luego la verdad hará comprensibles las palabras. Apenas llegados a Monowitz, dicen Levi y Debenedetti, campo de concentración destinado a la producción a gran escala de caucho y de esencias sintéticas, los prisioneros son conducidos a un pabellón de desinfección donde se los rapa y somete a una depilación completa y minuciosa. Luego son llevados a la sala de ducha donde deben permanecer encerrados hasta la mañana siguiente.

Todos esos hombres fatigados, famélicos, se-dientos y extenuados, atónitos por lo que habían visto e inquietos por su futuro inmediato y por la suerte de las personas queridas, de las que venían de ser brutalmente separados algunas horas antes, con el alma atormentada por oscuros y trágicos presentimientos, esos hombres debían pasar la noche parados, con sus pies en el agua. A las seis de la mañana se los frota con una solución higiénica y se los somete a una ducha caliente. Inmediatamente son movilizados a otra sala, caminando descalzos sobre la nieve, con los cuerpos todavía húmedos.

Levi y Debenedetti explican qué debe entenderse por “limpieza” en el campo: cualquiera que entrase a un dormitorio por primera vez y lo recorriera con una mirada superficial, no vería que en las estructuras de las barracas, en las barras de sostén, en los cajones donde estaban los lechos, vivían millares de chinches y de pulgas que impedían dormir a los prisioneros.

Pero la memoria siempre escolta a la verdad, la mantiene en marcha, evita que se extravíe, que pierda la voz y enmudezca para siempre.

En septiembre de 1944, lo esencial del territorio nacional francés había sido liberado, pero existían más de dos millones de “ausentes”, como los llamó el ministro Henri Frenay: prisioneros de guerra y, muy minoritariamente, deportados por formar parte de la resistencia o “raciales”, como se denominaba en la época a los judíos.

El ex dictador de la Argentina, Jorge Videla, el jefe del golpe de Estado que a partir de 1976 desoló nuestro país, también era afecto al juego de las palabras. Cuando un periodista le preguntó qué le podía informar sobre miles de secuestrados, de los que comenzaba a hablarse en el extranjero, repuso que no estaban ni vivos ni muertos; eran sencillamente “desaparecidos”. Lamentablemente, después se comprobó que fueron muchos los desaparecidos en nuestro país.

Es con el proceso Eichmann, en 1961 —ese “Nuremberg del pueblo judío”, como lo denominó Ben Gurion— que emerge en la opinión pública la verdad del genocidio y posteriormente su conciencia. La memoria, puesta a un costado, se ajusta a la verdad.

Pero todavía Auschwitz no designa mediáticamente, para usar un término actual, la “solución final”. En 1967, durante la inauguración de un monumento a propósito de Auschwitz, el Primer Ministro polaco Cyrankiewicz, veterano del campo, menciona entre los

asesinados a los eslavos, polacos y personas de todos los países de Europa, pero no menciona a los judíos. El pabellón francés inaugurado en Auschwitz en 1978 lleva el lema “el martirio y la resistencia del pueblo francés”.

Las palabras definitivas las pronuncia recién en 1995 Jacques Chirac, el 16 de julio, cuando dice que Francia tiene, respecto de los que no volvieron de Auschwitz, una deuda imprescriptible. El mismo Presidente Chirac, que el próximo 27 de enero, cuando se cumplan los 60 años del encuentro por parte del ejército ruso del campo de exterminio de Auschwitz, inaugurará una nueva exposición del pabellón francés donde la responsabilidad del régimen de Vichy y Auschwitz, como lugar y figura de la Shoah, serán reconocidos como argumentos centrales en la actual reflexión sobre la segunda guerra mundial, es decir, memoria y verdad.

La voluntad de recordar es la escultora del destino. Durante los primeros tiempos de la ocupación nazi en Francia, Béatrice de Reinach monta a caballo todas las mañanas en los bosques de Boulogne, junto con oficiales alemanes. Es la hija del último de los Camondo, el Conde Moïse de Camondo, eslabón final de una ilustre familia de banqueros levantinos instalados en Francia al final del Segundo Imperio. Es la hermana de Nissim de Camondo, héroe de la primera guerra mundial, muerto por Francia en 1917. Más israelita que judía, segura de sí misma y protegida por la sombra de su hermano mártir, trota a caballo disimulando entre sus ropas de amazona la estrella amarilla que obliga a llevar el Estatuto de los Judíos. Tal vez creyera que, llegado el caso, el Mariscal Pétain la preservaría otorgándole el certificado de “Ario de honor” con que se salvarían algunos judíos notables como ella. Durante las últimas semanas de 1942 es arrestada por no llevar la estrella amarilla. En 1943 es internada en el campo de Drancy. En noviembre es deportada a Auschwitz. En 1945, cuando el campo es liberado, ella no figura entre los sobrevivientes.

Memoria, voluntad y verdad confluyen el próximo 27 de enero de 2005, sexagésimo aniversario del hallazgo de Auschwitz.

Hay un insondable aforismo de Kafka en el que habla del pasado y del futuro como rivales del presente. El presente, dice Kafka, es acosado desde el origen por el pasado y lucha contra el futuro, que le frena el paso hacia adelante. Pero no solamente están allí los dos rivales, el pasado y el futuro, sino que también está

él mismo, el presente, y ¿quién conoce, a decir verdad, sus intenciones? Sea como fuere, el sueño del presente es que un día, en un momento de distracción —de lo cual forma parte, no obstante, una noche tan oscura como no la ha habido nunca— él se salga de un salto de la línea de combate y, por su experiencia en combates, sea elevado al rango de juez que decide sobre el pasado y el futuro, los dos rivales enfrentados. Ese día ha llegado. Ese día es hoy.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Joël Adechi, jefe de la delegación de Benin.

Sr. Adechi (Benin) (*habla en francés*): Suscribimos la declaración que formuló el representante de Guinea en nombre del Grupo de Estados de África.

Hace 60 años el mundo descubrió la verdadera cara del nazismo a través de la liberación del campo de concentración de Auschwitz, donde se había cometido un espantoso crimen de lesa humanidad. Este descubrimiento permitió a la comunidad internacional mensurar las malas acciones del nazismo. Por lo tanto, rendimos tributo a la memoria de las innumerables víctimas de esos crímenes, y sobre todo a los miles de judíos que sucumbieron en los campos de exterminio.

Las generaciones presentes y futuras deben estar eternamente agradecidas y rendir homenaje a los hombres y mujeres que se opusieron al nazismo, muchos de los cuales pagaron con sus vidas su participación heroica en los combates despiadados contra el nazismo y el Estados hitleriano, en los diversos frentes que éste abrió con la intención de imponer su dominio en toda Europa y en el resto del mundo.

El nazismo es una negación de los principios inalienables que constituyen la base de la sociedad contemporánea. Esos principios, que presidieron la fundación de las Naciones Unidas, son el respeto de la vida y del valor del ser humano, la igualdad de derechos de las personas y los pueblos y su derecho a la libre determinación, sea cual fuere su sexo, raza, lengua o religión. La idea fundamental es la protección y la promoción de la dignidad humana.

La Carta de las Naciones Unidas consagró esos principios y los convirtió en la base de las relaciones pacíficas y de amistad entre los Estados. Esos principios son valores comunes de la humanidad y criterios esenciales contra los que se mide hasta qué punto un Estado es apto para pertenecer a la comunidad de democracias.

Por ello, la gravedad de los crímenes que se cometieron en los campos de concentración debe seguir presente en la conciencia de las Naciones Unidas. Por ello, las Naciones Unidas asumieron, como les correspondía, la misión de proteger y promover la dignidad humana y los derechos inalienables de todos los pueblos del mundo.

En ese sentido, acogemos con agrado la acción de la Organización encaminada a la codificación de los instrumentos internacionales para la promoción de los derechos humanos y su aplicación. A ese respecto, la Organización ha hecho gala de una perseverancia y una determinación notables en el combate victorioso que entabló contra el *apartheid* y el colonialismo, en la movilización general para evitar el genocidio y otras prácticas incompatibles con los derechos y las libertades fundamentales de los seres humanos.

Nos complace el compromiso personal de los Secretarios Generales de las Naciones Unidas, y sobre todo del Sr. Kofi Annan, ya que durante su mandato la Organización ha adoptado iniciativas acertadas para luchar contra la impunidad, entre otras cosas mediante la creación de tribunales penales internacionales y la Corte Penal Internacional.

Todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas tienen el deber de vigilar, la obligación de hacer todo lo posible para impedir el resurgimiento de ese tipo de ideologías y de los regímenes que las encarnan y las ponen en práctica, y de ese modo desprecian la dignidad y los derechos humanos.

Nuestro mundo y nuestras conciencias no deben volver a aceptar las prácticas inhumanas y degradantes que se inspiran en el racismo y el antisemitismo. Debemos seguir en guardia para hacer fracasar la tiranía, la barbarie y la discriminación basada en el origen étnico, las creencias religiosas y la afiliación política.

Por ello, ceremonias conmemorativas como la de hoy son especialmente significativas. Saludamos a los Estados que tomaron la feliz iniciativa de pedir que se convocara este período extraordinario de sesiones, que constituye una excelente ocasión para meditar sobre este pasado poco glorioso de la humanidad. La comunidad internacional tiene el deber de impedir que se olvide a las víctimas del nazismo, ya que olvidar es el mejor modo de dejar la puerta abierta para que se repita esta lúgubre historia del Holocausto de los judíos y los holocaustos precedentes.

Siempre hay que actuar para impedir los atentados contra la dignidad humana. Las Naciones Unidas deben permanecer a la vanguardia de los esfuerzos de la comunidad internacional para proteger y fomentar los derechos humanos. Las Naciones Unidas deben actuar con una fe inquebrantable en la capacidad del género humano de enmendarse, mejorar y ponerse decididamente al servicio del ideal humanista, que es su objetivo último.

El Presidente (*habla en francés*): Doy la palabra al Excmo. Sr. Stanislas Kamanzi, jefe de la delegación de Rwanda.

Sr. Kamanzi (Rwanda) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Para comenzar, quisiera darle las gracias, por haber convocado este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General, solemne y apropiado, para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis.

Asimismo, quisiera suscribir la declaración que formuló el representante de Guinea en nombre del Grupo de Estados de África en Nueva York.

El Holocausto perpetrado por los nazis es uno de los capítulos más oscuros de la historia de la humanidad, cuando la inhumanidad del hombre hacia sus congéneres dio lugar a algunos de los crímenes más horribles e inefables que se hayan cometido contra un pueblo a causa de su nacionalidad o identidad racial. La maquinaria de la muerte nazi se dedicó sistemática y metódicamente a exterminar a un pueblo entero en Alemania, Austria, Polonia, Francia y otros países. Cuando se liberaron los campos de concentración a finales de la segunda guerra mundial y quedaron al descubierto, a la vista de todos, los horribles crímenes de la maquinaria asesina de los nazis, quedó claro que el mundo nunca volvería ni podría volver a ser el mismo.

La Organización a la que pertenecemos todos, las Naciones Unidas, se formó, entre otras cosas, para que el mundo nunca volviera a vivir horrores como los que los nazis infligieron a los judíos en toda Europa. Sin duda, el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas expresa nuestra determinación colectiva de reiterar la fe en los derechos humanos fundamentales y la dignidad y el valor de los seres humanos, así como de practicar la tolerancia y vivir juntos y en paz los unos con los otros. Esos compromisos internacionales se consolidaron con la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, dos documentos históricos

que aprobó esta Asamblea en 1948. En ellos se reconoce que la dignidad inherente y los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la especie humana son la base de la libertad, la justicia y la paz en el mundo, y el hecho de que el desprecio de los derechos humanos ha dado pie a actos bárbaros que escandalizaron a la humanidad.

Sin embargo, pese a esos compromisos y obligaciones internacionales que nos impone la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, es preciso recordar al mundo una vez más que el hombre tiene una capacidad increíble de ser inhumano con sus congéneres y que, más de 50 años después, en 1994, se cometió el delito de genocidio en Rwanda, donde en tres meses se asesinó a más de un millón de personas.

Hoy, ahora que la Asamblea está unida para reafirmar los principios de la Carta de las Naciones Unidas, la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, también debería hacer un balance del hecho de que no se evitara el genocidio en Camboya, en Rwanda y en los Balcanes. Hay que preguntarse cuáles fueron las causas de esos fracasos para aprender de los errores del pasado y asegurarnos de que no se repitan.

Mi delegación considera que, en el contexto de los actuales debates acerca de la reforma de las Naciones Unidas, es de crucial importancia que se preste seria atención a la cuestión de la prevención del genocidio. El hecho de que se haya perpetrado genocidio al menos en tres regiones diferentes del mundo en el transcurso de una generación debería bastar para obligarnos a prestar seria atención al asunto.

Debemos asegurarnos de que las Naciones Unidas dispongan de un sistema de alerta temprana que funcione bien y que esté bien coordinado con el fin de prevenir futuros genocidios. También debemos velar por que el Consejo de Seguridad no se polarice o se vuelva ineficaz por otros motivos al tratar de resolver esas crisis.

Mi delegación acoge con satisfacción el nombramiento por el Secretario General de un Asesor Especial sobre la Prevención del Genocidio en la conmemoración del décimo aniversario del genocidio de Rwanda el año pasado. Sin embargo, es decisivo que se dote a la Oficina de un mandato más claro y más fuerte, así

como de muchos más recursos con el fin de cumplir ese mandato.

Por último, la Asamblea y la comunidad internacional en su conjunto deben permanecer unidas y rechazar categóricamente como ofensiva e inaceptable a toda organización o persona que profese una ideología de genocidio, odio, racismo o discriminación. Hay que luchar contra todos esos grupos y aislarlos con la misma determinación de que se hizo gala frente a los nazis hace 60 años. Ni el paso del tiempo ni el hecho de que algunos grupos traten de presentarse como agentes políticos legítimos deberían hacer tambalear nuestra determinación de luchar contra ellos y contra su ideología odiosa y destructiva.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Baki Ilkin, jefe de la delegación de Turquía.

Sr. Ilkin (Turquía) (*habla en inglés*): Hoy estamos aquí reunidos en una ocasión solemne para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis. Se trata, en efecto, de un acontecimiento histórico. Así pues, Turquía acoge con agrado la convocación de este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General.

El Holocausto, que fue sin duda una de las peores formas de crímenes de lesa humanidad, cobró la vida de seis millones de judíos. La inmensa mayoría de ellos falleció en campos de concentración. Numerosas personas de otros países, entre ellas turcos, también perdieron la vida en las fábricas de la muerte. Hoy rendimos homenaje a todos los que perecieron en esos campos. El cierre de los campos llevó un suspiro de alivio no sólo a los judíos y otros prisioneros liberados, sino también a sus libertadores y a todas las naciones amantes de la paz. Fue una lástima que la liberación se produjera demasiado tarde y para un número de personas demasiado pequeño. Sin embargo, la liberación acabó de una vez por todas con el temor, el sufrimiento, la tortura y la muerte de personas inocentes, que fueron perseguidas y asesinadas únicamente por su origen étnico o religioso.

En esas trágicas circunstancias surgieron las Naciones Unidas de las cenizas de la segunda guerra mundial. El período extraordinario de sesiones que hoy celebramos nos permite renovar nuestro compromiso con los principios fundamentales y los nobles objetivos de las Naciones Unidas. Sólo mediante el entendimiento mutuo, el respeto y la tolerancia podemos

construir un mundo mejor y un futuro más brillante para todos e impedir así que se repitan una tragedia y una catástrofe de esa índole.

A lo largo de su historia, Turquía ha sido un refugio, un lugar seguro y un segundo hogar para los oprimidos y los perseguidos. Ha acogido a numerosos grupos étnicos, culturas y religiones. Así es como desarrolló una cultura profundamente arraigada de tolerancia, conciliación y coexistencia. En todos los foros internacionales Turquía siempre ha adoptado una posición firme contra todas las formas de racismo, intolerancia y xenofobia, incluido el antisemitismo. Turquía seguirá trabajando en pro de la eliminación de todos esos flagelos.

Sin embargo, esta vez me limitaré a decir unas palabras sobre los judíos que han encontrado un segundo hogar en nuestro país. Durante la Inquisición, hace más de 500 años, los judíos sefardíes se refugiaron en nuestro país, donde encontraron un lugar seguro. Desde entonces han estado viviendo y prosperando en Estambul y contribuyendo a la diversidad cultural de Turquía.

Del mismo modo, durante los días más aciagos del siglo XX, el período anterior a la primera guerra mundial y el período de la segunda guerra mundial, Turquía volvió a ofrecer un lugar seguro y acogió a los judíos que trataban de escapar de la persecución nazi. Muchos de ellos participaron en el proceso de reorganización y modernización de las universidades turcas y en ámbitos tales como el urbanismo, la construcción de infraestructuras y la investigación médica. Durante la segunda guerra mundial, los diplomáticos turcos que ocupaban cargos en la Europa ocupada ayudaron a cientos de judíos a huir de la opresión y de la muerte expidiéndoles pasaportes y documentos de identidad turcos. Me conmovió mucho la referencia que hizo esta mañana el Secretario General al Sr. Selahattin Ülkümen, uno de esos diplomáticos turcos.

Extrayendo las conclusiones necesarias del Holocausto, debemos hacer todo lo posible por combatir todo tipo de prejuicios y el odio en todas sus formas y manifestaciones, ya se trate de antisemitismo, cristianofobia o islamofobia. Nuestras sesiones de hoy deben ayudarnos a reorientar nuestras energías en ese sentido.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. John Dauth, jefe de la delegación de Australia.

Sr. Dauth (Australia) (*habla en inglés*): Hace 60 años, las naciones de todo el mundo lograron derrotar a un régimen nazi bárbaro y tirano —tan gráficamente descrito esta mañana por el Sr. Elie Wiesel— que se había centrado en la eliminación sistemática de los judíos y en la represión violenta de muchos otros grupos sociales, razas y naciones. Los pueblos de las Potencias aliadas se unieron en una causa común para defender los ideales de la libertad personal y la independencia nacional, conceptos en los cuales se estaba fundamentando cada vez más la comunidad de naciones.

Decenas de millares de jóvenes australianos respondieron al llamamiento para defender esos principios, a su país y a los aliados de Australia. Lamentablemente, más de 39.000 de ellos dieron su vida, al igual que tantos otros lo habían hecho más de 25 años antes, cuando Europa había estado envuelta en llamas. Estamos muy orgullosos de haber desempeñado un papel importante en el esfuerzo bélico más amplio de los aliados, y nunca debemos olvidar los sacrificios que hicieron los australianos y nuestros aliados por la causa de la libertad.

Estamos especialmente orgullosos de haber ofrecido un nuevo hogar acogedor después de la guerra a tantos de los supervivientes de los campos. Valoramos enormemente la contribución sustancial que han aportado para ayudar a crear una Australia diversa desde el punto de vista étnico, y a la vez armoniosa y tolerante.

El Gobierno de Australia no vaciló en sumarse al llamamiento para que se convocara este período extraordinario de sesiones porque, como tan elocuentemente dijo el Sr. Elie Wiesel, esta solemne reunión nos brinda la ocasión de escuchar, de recordar y, esperamos, de aprender. No podemos —y no debemos— olvidarnos nunca de los millones de inocentes que perdieron la vida por culpa del odio, la irracionalidad y la indiferencia. Ahora que reflexionamos sobre los crímenes del pasado, que el testimonio de los que sobrevivieron, así como el recuerdo de los que fallecieron, sirvan para guiarnos e inspirarnos en la lucha por alcanzar los objetivos consagrados en la Carta de las Naciones Unidas: defender a nuestros pueblos del flagelo de la guerra, proteger y promover los derechos fundamentales del hombre, ofrecer justicia y progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad para todos.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra a la Excm. Sra. Imeria Núñez de Odremán,

jefa de la delegación de la República Bolivariana de Venezuela.

Sra. Núñez de Odremán (Venezuela): Hoy estamos recordando un capítulo vergonzoso de la historia de la humanidad. La delegación de Venezuela, inspirada en los principios democráticos y humanistas de la revolución bolivariana, solidaria con los pueblos, desea manifestar en esta luctuosa ocasión nuestro categórico y firme repudio de la acción de exterminio que se desarrolló en Europa durante la segunda guerra mundial.

Afortunadamente, en la actualidad en el continente europeo existen fuerzas democráticas importantes que se oponen al resurgimiento del nazismo y de sus manifestaciones xenófobas, racistas, discriminatorias y etnocéntricas, que amenazan las instituciones democráticas y la convivencia humana en ese continente. Por supuesto, esas fuerzas también existen en otras latitudes y regiones del planeta. Nuestro pueblo y Gobierno revolucionario se identifican plenamente con la posición de esos sectores progresistas, en nombre de los intereses globales de la humanidad.

En esta línea de conducta, el Gobierno revolucionario continúa la tradición manifestada en Venezuela desde 1939, cuando el pueblo y el Gobierno del país concedieron asilo territorial a un grupo de judíos víctimas de la persecución nazi en Europa. Desde entonces, ese grupo —y más tarde lo que ha sido hasta el presente la comunidad judía de Venezuela— ha vivido libre de apremio, amenaza y represión, en paz y armonía con los demás conciudadanos en el transcurso de los últimos 60 años.

No obstante, el uso político perverso que hasta el presente los Estados imperialistas y sus aliados han venido haciendo de los crímenes ocurridos en la llamada segunda guerra mundial para encubrir las atrocidades que han estado cometiendo contra pueblos y naciones constituye una afrenta a las víctimas de los campos de concentración.

Por esta razón, es necesario señalar la identidad y continuidad histórica entre la guerra de agresión por el reparto del mundo que tuvo lugar entre 1939 y 1945 y la guerra de conquista que los Estados Unidos de América y sus aliados del presente han venido ejecutando contra los pueblos y las naciones del planeta, dotados de recursos estratégicos, durante la segunda mitad del siglo XX hasta el presente. Hay que tomar en consideración que en la segunda guerra calificada como mundial concurrieron al conflicto con carácter antiimperialista y

una guerra de liberación de los pueblos, en la cual desempeñó un papel decisivo la extinta Unión Soviética. Esta guerra de liberación de los pueblos fue la causa determinante de la derrota del fascismo y de la liberación de quienes sobrevivieron al exterminio en los campos de concentración nazis.

Finalmente, apreciamos que, en nombre de la humanidad y de la justicia para los pueblos del mundo y en recuerdo del Holocausto, deben incorporarse también a la memoria colectiva de todos los seres humanos y al programa de las Naciones Unidas el recuerdo infuisto y la debida conmemoración, entre otros, del holocausto del pueblo japonés de Hiroshima y Nagasaki en 1945, de los crímenes contra el pueblo vietnamita de 1970 a 1975, del exterminio de las etnias de la antigua Yugoslavia en la década de 1990 y el exterminio de los tutsis en Rwanda en 1994, y debe detenerse la masacre de los pueblos del Afganistán, Palestina, el Iraq y otros que tienen lugar en la actualidad, sin olvidar las etnias indígenas de América Latina y otras regiones.

El Presidente (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Excmo. Sr. Anthony Andanje, jefe de la delegación de Kenya.

Sr. Andanje (Kenya) (*habla en inglés*): Para comenzar, quisiera hacer mía la declaración que formuló el representante de Guinea en nombre del Grupo de Estados de África.

Hoy estamos aquí reunidos para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis. Los campos nazis del Holocausto nos recuerdan lo frágil que es la humanidad. No nos queda más que aprender de los errores —o de las muertes— de los demás. Esos hechos, y el dolor que sufrimos todos los días, deberían servir de guía para ayudarnos a aprender del Holocausto. Sabemos que la tragedia fue mucho mayor y que fue mucho más allá de la tortura o la pérdida de la vida física; fue una pérdida del espíritu y del yo. Este aniversario es un momento oportuno para reflexionar y hacer un balance.

Las atrocidades tuvieron lugar mientras el mundo observaba. La pauta sistemática de exterminio, que se completó con la apatía de la comunidad internacional, se ha duplicado, repleta de dolor, agonía y asesinatos en masa, en Camboya, en Rwanda, en Kosovo y en otros lugares. Siempre hemos tardado en actuar, y siempre hemos actuado demasiado tarde. Las consecuencias eran de esperar.

Como comunidad de naciones que enfrenta nuevos desafíos y amenazas, debemos reafirmarnos en un nuevo consenso colectivo de seguridad. Nunca deberíamos rehuir ningún problema, y nunca deberíamos ser escépticos o indecisos. Hay cosas que las personas no quieren saber; a veces tenemos miedo de aventurarnos mucho en un pasado oscuro. Nuestra autocomplacencia y nuestra reticencia, rayanas con la complicidad, pueden tener un costo irreparable para nosotros. El Sr. Elie Wiesel ha dicho que “no hay mayor pecado que permanecer callado e indiferente”. Estoy totalmente de acuerdo con él.

Nunca deberíamos darnos por satisfechos, quedarnos tranquilos, sabiendo que miles de nuestros hermanos y hermanas sufren porque no tienen cubiertas sus necesidades vitales básicas. Aunque nuestra principal preocupación sea cuidar de nosotros mismos, es adecuado plantear la antiquísima pregunta: “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?” Es lamentable que nunca se haya respondido verdaderamente a esa pregunta de un modo que resulte satisfactorio para la sociedad civilizada. Somos los guardianes de nuestro hermano, y si nuestro hermano tiene problemas, nosotros también. Antes se mencionó a Martin Niemöller; sin embargo, me gustaría citar el texto completo. Como dijo él sucintamente:

“En Alemania cuando los nazis detuvieron a los comunistas, permanecí en silencio porque no era comunista. Cuando detuvieron a los judíos, permanecí en silencio porque no era judío. Cuando detuvieron a los sindicalistas, permanecí en silencio porque no era sindicalista. Cuando me detuvieron a mí, ya no quedaba nadie que pudiera protestar.”

Reconozcamos que el compromiso individual para con el esfuerzo de un grupo es lo que hace que un equipo funcione, que una sociedad funcione, que una civilización funcione y que las Naciones Unidas funcionen.

Vivimos en una época caracterizada por instancias sin precedentes de genocidio, etnocidio, violencia en masa y violaciones de los derechos humanos fundamentales. Es imprescindible que se comprendan mejor las raíces psicológicas, culturales, políticas y sociales de la crueldad humana. Es necesario que continuemos analizando los factores que permiten a personas y grupos perpetrar el genocidio ante la impasibilidad de los testigos.

Si bien es probable que un modelo previsible de la violencia en masa supere nuestra comprensión, tenemos la obligación de esforzarnos por elaborar un modelo que ponga de relieve los indicios que vaticinen el genocidio. Con esa información podremos formular políticas, estrategias y programas encaminados a contrarrestar esas atrocidades y a evitar que Sobibor, Auschwitz, Belzec, Rwanda y Kosovo nos obsesionen.

La primera medida a adoptar para prevenir las tragedias humanas que asolan al mundo actual es acatar los diversos tratados, convenios y convenciones, así como el conjunto de instrumentos jurídicos internacionales destinados a la protección de los derechos humanos fundamentales, y comprometernos con ellos. Segundo, incluso frente a una provocación extrema, debemos ejercer la tolerancia y la paciencia. Tercero, es necesario que cultivemos la cultura de la prevención y la diplomacia agresiva y que nos la inculquemos. Aun en un mundo en el que existen concepciones de unidad, diversidad e identidad étnica internacionales que compiten entre sí, debemos permitir categóricamente que predominen de manera incondicional la integración, la preservación y la asimilación. Por último, es necesario que empleemos métodos neutrales de compilación e interpretación de datos para velar por que los resultados de las investigaciones promuevan una perspectiva precisa, y no estereotipada, de los grupos raciales y étnicos.

Finalmente, quisiera señalar que no habríamos celebrado este acontecimiento importante si las naciones no se hubieran reunido y decidido formular un programa común. Ninguna nación por sí sola podría haber logrado esa proeza. Como comunidad de naciones, debemos permanecer unidos porque sabemos demasiado bien que juntos triunfaremos y divididos pereceremos.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el Representante Permanente Adjunto de Nueva Zelandia, Excmo. Sr. Tim McIvor.

Sr. McIvor (Nueva Zelandia) (*habla en inglés*): Nueva Zelandia se suma a otros Estados Miembros para recordar con profundo dolor a las víctimas del genocidio nazi.

La enormidad del Holocausto nazi hace que sea apropiado celebrar este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración de Hitler. Nueva Zelandia fue uno de los países que solicitaron la convocación de este período de sesiones.

El Holocausto ocupa un lugar especial en la conciencia mundial como el acto supremo de inhumanidad del hombre para con el prójimo. La verdadera magnitud, así como el carácter despiadado y deliberado que sustentaba la “solución final” de Hitler, lo diferencian de otros actos de genocidio que podrían haberlo superado en el número de muertes.

Nueva Zelanda luchó junto a las naciones aliadas para liberar a Europa de la tiranía nazi. Nueva Zelanda fue uno de los primeros países que intervino en el conflicto mundial, que se inició con la invasión de Polonia por Alemania en 1939, y participó hasta el final en ese conflicto.

Durante la segunda guerra mundial aproximadamente 140.000 neocelandeses prestaron servicios en teatros de operaciones en el exterior, y más de 11.000 de esos hombres y mujeres jóvenes no regresaron a la patria. Para una nación pequeña, que en ese entonces contaba con menos de dos millones de habitantes, esa fue una cifra enorme. Nueva Zelanda sufrió el mayor número de bajas per cápita en comparación con cualquier otra nación del Commonwealth británico.

Los neocelandeses lucharon y murieron a miles de millas de su patria albergando la esperanza de que su sacrificio pudiera contribuir a impedir futuros actos bélicos y de genocidio.

Lamentablemente, esa esperanza no se ha hecho realidad. Con demasiada frecuencia en la historia reciente, los seres humanos han seguido demostrando que pueden infligir muerte y destrucción al prójimo. No nos hemos librado del flagelo del genocidio. La pérdida de vidas en masa y el recuerdo de las personas asesinadas brutalmente en los campos de concentración nazis requieren que lo hagamos. Todos nosotros tenemos la responsabilidad de impedir el genocidio y de combatir sus causas. En nosotros recae la responsabilidad de promover activamente la tolerancia y la comprensión, así como el respeto de las personas de diferentes razas, religiones y colores. Tenemos la responsabilidad de luchar contra el racismo y el antisemitismo. Como comunidad internacional, tenemos la responsabilidad de garantizar que aquellos que cometan crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad sean sometidos a la justicia con rapidez.

Nueva Zelanda espera que, mientras reflexionamos en esta ocasión histórica, las Naciones Unidas puedan comprometerse nuevamente a velar por que los horrores del Holocausto no se repitan jamás. Aún no

hemos aprendido las lecciones. Hemos visto los campos de exterminio de Camboya y la brutalidad perpetrada contra otros seres humanos en los conflictos en Bosnia y Herzegovina, en Rwanda y en Darfur. Tenemos que esforzarnos más. La prevención del genocidio debe constituir la más alta prioridad de este órgano mundial en los años venideros.

Debemos esforzarnos por garantizar que acontecimientos tales como el genocidio no vuelvan a ocurrir.

El Presidente (*habla en francés*): Tiene la palabra el jefe de la delegación del Estado observador de la Santa Sede, Su Excelencia el Arzobispo Celestino Migliore.

El Arzobispo Migliore (Santa Sede) (*habla en inglés*): Mi delegación acoge con sumo beneplácito la iniciativa de celebrar este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para conmemorar el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis por las fuerzas aliadas.

Además, nos recuerda las raíces de esta Organización, sus nobles objetivos y la voluntad política que aún es necesaria para impedir que esos horrores se repitan.

Hoy contemplamos las consecuencias de la intolerancia al recordar a todos aquellos que fueron blanco de las maquinaciones políticas y sociales de los nazis, ejecutadas a una escala tremenda y empleando una brutalidad deliberada y calculada. Aquellos considerados como marginados de la sociedad —los judíos, los pueblos eslavos, los romaníes, los discapacitados y los homosexuales, entre otros— fueron destinados al exterminio; aquellos que osaron oponerse al régimen de hecho o de palabra —políticos, dirigentes religiosos, particulares— con frecuencia pagaron la oposición con sus vidas. Se habían establecido las condiciones para que los seres humanos perdieran su dignidad esencial y para despojarlos de todo vestigio de decencia y sentimientos humanos.

En los campos de exterminio se ejecutó un plan sin precedentes de exterminio deliberado y sistemático de todo un pueblo, el pueblo judío. La Santa Sede ha recordado en numerosas oportunidades, con profundo dolor, los sufrimientos de los judíos durante la ejecución del crimen ahora conocido como Shoah. Como uno de los capítulos más oscuros del siglo XX, no tiene parangón y es una mancha vergonzosa en la historia de la humanidad y en la conciencia de todos.

Durante su visita a Auschwitz en 1979 el Papa Juan Pablo II afirmó que debemos dejar que el grito de los mártires modifique el mundo y lo mejore, al extraer las conclusiones correctas de la Declaración Universal de Derechos Humanos.

En un siglo caracterizado por catástrofes provocadas por el ser humano, los campos de exterminio nazis son un recordatorio que invita a la reflexión sobre “la inhumanidad del hombre para con el prójimo” y de su capacidad para el mal. No obstante, debemos recordar que la humanidad también puede hacer mucho bien, sacrificarse a sí misma y ser altruista. Como hemos visto en las últimas semanas, cuando nos asolan los desastres naturales o los provocados por el ser humano, las personas revelan la mejor cara de la sociedad humana mediante la solidaridad y la hermandad, a veces con un costo personal. En el contexto de la conmemoración de hoy, sólo tenemos que pensar en esas personas valientes de distintas condiciones sociales, muchas de las cuales han sido reconocidas como “los justos de las naciones”. Todos los pueblos del mundo son capaces de hacer mucho bien: algo que con frecuencia se logra a través de la educación y el liderazgo moral. A todo ello deberíamos añadirle una dimensión espiritual que, si bien no debe dar falsas esperanzas ni explicaciones insustanciales, nos ayudará a mantener la humildad, la perspectiva y la determinación ante hechos terribles.

Ojalá que todos los hombres y mujeres de buena voluntad aprovechen esta ocasión solemne para decir “Nunca más” a esos crímenes, independientemente de su inspiración política, a fin de que todas las naciones, así como esta Organización, respeten realmente la vida,

la libertad y la dignidad de todos los seres humanos. Sin duda, con una verdadera voluntad política, los recursos morales y espirituales de la humanidad podrán transformar de una vez por todas nuestras respectivas culturas, para que todos los pueblos del mundo puedan aprender a valorar la vida y promover la paz.

El Presidente (*habla en francés*): Hemos escuchado al último orador que intervino con motivo de la conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis. Por lo tanto, hemos concluido nuestro examen del tema 7 del programa.

Tema 2 del programa (*continuación*)

Minuto de silencio dedicado a la oración o la meditación

El Presidente (*habla en francés*): Hemos llegado así al término del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General. Invito a los representantes a ponerse de pie y a guardar un minuto de silencio dedicado a la oración o la meditación.

Los miembros de la Asamblea General guardan un minuto de silencio dedicado a la oración o a la meditación.

Clausura del vigésimo octavo período extraordinario de sesiones

El Presidente (*habla en francés*): Declaro clausurado el vigésimo octavo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General.

Se levanta la sesión a las 18.05 horas.